

CRISTIANIDAD

LEA EN ESTE NÚMERO: .

Puntos de meditación

Unas glosas al último llamamiento del Papa en favor de la paz

Editorial

¡Restauraremos los caminos de la paz...!

Radiomensaje de Su Santidad Pío XII

La previa censura civil a la luz del pensamiento de Pío XII

por el P. E. Guerrero, S. I.

La pedagogía de la UNESCO en sus fuentes próximas

por el Dr. Maurice André

A la santa memoria del Rdo. P. Manuel M. Vergés

por Luis Creus Vidal

Sangre y esclavitud en Hungría

por José-Oriol Cuffí Canadell

La
Federación de Cajas de
Ahorros Catalano-Balear

en el
XXXII DIA UNIVERSAL DEL AHORRO
31 OCTUBRE 1956

se complace en presentar un resumen de la extensa y eficaz obra benéfico-social que en favor de sus imponentes realizan las Cajas de Ahorros federadas, como complemento de la labor de custodia y garantía de los fondos de ahorro, cuyo saldo total asciende a

16.500 millones de pesetas

OBRA SANITARIA

Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, Centro Auxológico y de Medicina Preventiva Infantil, Instituto de Santa Madrona, Instituto Antituberculoso «Francisco Moragas», Dispensarios Blancos (Barcelona) - Colonia Sanatorio Antituberculoso de la Virgen de Montserrat (Torrebonica) - Instalaciones en Hospital y Sanatorio de San Juan de Dios (Manresa) - Dispensario Antituberculoso (Mataró).

OBRA ASISTENCIAL

Hogar de matrimonios ancianos, Amparo de Santa Lucía para ciegas, Instituto Educativo de sordomudos y de ciegos, Instituto para la rehabilitación física de mutilados, Instituto benéfico-social y R.I.V. Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, Patronato Superior de los Homenajes a la Vejez (Barcelona) - Hogar de la Ancianidad (Tarrasa) - Asilo de la Casa de Caridad (Manresa) - Casa de la Infancia y Colonia Infantil (Mataró) - Guardería Infantil y Club de Ancianos (Sabadell) - Asilo Inglada-Via para Ancianas (Vilafranca del Panadés) - Patronatos locales de los Homenajes a la Vejez (Cataluña y Baleares) - Residencias Femeninas (Barcelona, Lérida y Tarragona).

OBRA ESCOLAR Y CULTURAL

Escuelas Miguel de Cervantes, Inmaculada Concepción, San Vicente de Paúl, Santa María de Gracia, Santísimo Redentor, Cristo Rey, Santos Justo y Pastor, Centro de Instrucción de los Obreros, Grupo Escolar «Verneda» (Barcelona) - Mutualidades y Hermandades escolares, Agrupaciones Catequísticas (Cataluña y Baleares) - Hogar del Angel de la Guarda (Tiana) - Capilla de Ca'n Domenge (Palma) - Bibliotecas públicas y casas de cultura (Cataluña y Baleares) - Bibliotecas Museo «Francisco Moragas» y Técnica del Instituto Antituberculoso «Francisco Moragas», «Braille» para ciegos, Palabra Culta (Barcelona) - Biblioteca (Sabadell) - Casa de la Sagrada Familia (Palma) - Casa de Cultura y Biblioteca Popular (Mataró).

OBRA INMOBILIARIA

Las Cajas de Ahorros han contribuido de un modo especial a la resolución del problema de la vivienda, mediante la construcción de numerosos **GRUPOS DE VIVIENDAS POPULARES Y ECONÓMICAS** para imponentes modestos y concesión de préstamos para dicho fin.

Subvenciones de plazas y camas en Hospitales y Asilos, Pensiones a imponentes ancianos, Becas para estudiantes y seminaristas, Premios Día del Ahorro, Desempeño gratuito de máquinas de coser y prendas de abrigo, Bonos de caridad, Auxilios a la Maternidad, Viajes de estudios, Premios a la constancia en el pequeño ahorro, Ayudas económicas a Entidades diversas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SUMARIO

EDITORIALES

Puntos de meditación. Unas glosas al último llamamiento del Papa en favor de la paz, por T. L., págs. 289 y 290.

Nuestra vida de cristianos, por F. T., p. 290.

A LA LUZ DEL VATICANO

¡Restauremos los caminos de la paz...!, radiomensaje de S. S. Pío XII, páginas 291 y 300.

La previa censura civil a la luz del pensamiento de S. S. Pío XII, II, por E. Guerrero, S. I., págs. 294 a 296.

PLURA UT UNUM

Política cristiana, por J. P., págs. 297 y 298.

La pedagogía de la UNESCO en sus fuentes próximas, II, por el Dr. Maurice André, págs. 290 y 300.

Enfriamiento e infiltración, por Fr. Anastasio Alegre, O. S. A., pág. 301.

A la santa memoria del Rdo. P. Manuel M. Vergés, por Luis Creus Vidal, páginas 305 a 307.

Carta Pastoral sobre problemas del Apostolado moderno, (continuación), del Excmo. Sr. Dr. D. Antonio de Castro Mayer, Obispo de Campos (Brasil), ps. 307 y 308.

San Ignacio de Loyola, Fundador, por Juan Baqué, Pbro., págs. 308 a 310.

EL BIELDO Y LA CRIBA

Lo bueno y lo malo, por Luis G. Fernández, O. S. A. págs. 302 y 303.

El hombre viejo y «La mujer nueva», por José-Luis Micó Buchón, S. I., páginas. 303 y 304.

DE ACTUALIDAD

Sangre y esclavitud en Hungría, por José-Oriol Cuffi Canadell, ps. 292 y 293.

Crónica política mensual. Leyendo y brujuleando, por José-Oriol Cuffi Canadell, «Shehar Yashub», págs. 311 y 312.

NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

Puntos de meditación

Unas glosas al último llamamiento del Papa en favor de la paz

Es innegable que los gravísimos acontecimientos de las últimas semanas han conmovido profundamente al mundo. La lucha heroica acompañada de la espantosa inmolación del pueblo húngaro, al par que las acciones bélicas enmarcadas en el escenario del Próximo Oriente, han acercado el fuego, más o menos activo hasta ahora, a las viejas naciones del occidente europeo.

La conmoción ha sido honda, sin duda. El efecto de la sacudida ha llegado a todas las capas de la sociedad, no se ha limitado a las personas de un cierto nivel cultural: es la sociedad entera la que se ha estremecido ante la inminencia del peligro. Y sigue siendo la sociedad la que ve cernerse sobre ella la amenaza, pues las nubes no se han disipado aún.

En estas condiciones, Su Santidad el Papa — “que ha recibido de Dios el mandato de promover el bien de todas las naciones” — eleva su voz para dirigirse al mundo entero en el último radiomensaje.

* * *

Para esta suprema apelación en favor de la paz, el Papa acude a lo más fundamental, a lo más universal: “a la voz de la naturaleza”, a la invocación de “los sentimientos íntimos y las verdaderas aspiraciones de los hombres”. Éstos se han confirmado con ocasión de los graves acontecimientos recientes: “los pueblos, las familias, los individuos, prefieren la tranquilidad del trabajo y de la familia a toda otra más ambicionada riqueza”. Y están dispuestos a renunciar a ésta, si la hubiesen de pagar al precio de la tiranía o con el riesgo de una guerra y su secuela de calamidades: ruinas, luchas, prisiones y muerte.

* * *

¿Por qué, pues, se ha de menospreciar esta voz? ¿Por qué no se le presta oído? No pocos gobernantes — y aquellos que sin estar constituídos en autoridad influyen no poco en los destinos de los pueblos y del mundo, a menudo en forma siniestra — olvidan esta voz, que resuena en el fondo de todas las almas.

Llevado el gobernante, muchas veces, de una como deformación profesional, olvida su misión de “vicem gerens societatis”. A él le recuerda el Papa que “faltaría a la substancia de su fin si, por lo que a ella respecta, la autoridad no tendiese a asegurar al menos la vida, la libertad, la tranquilidad del ciudadano”.

Y por lo mismo, Su Santidad pide a los pueblos que hagan oír su voz (su voz espontánea, su voz íntima, no su voz sofisticada por las tergiversaciones revolucionarias), la voz de la naturaleza, de la conciencia, de la religión, de la civilización, de la fraternidad.

* * *

Quizás una de las cosas más impresionantes de este radiomensaje sea esa apelación constante a lo universal, sano, honesto y profundamente humano, que el Papa está haciendo en él de continuo.

EDITORIAL

Porque se trata de mover a todos (cuya suerte corre gravísimo peligro) a la acción por que clama, con grito angustiado, el Vicario de Cristo: a restaurar "los caminos de la paz, a restablecer y consolidar la unión de quienes la anhelan, a restituir la confianza en los que la han perdido".

Porque sin esto no hay paz, ni puede haberla.

No puede haber paz, mientras no se lleve a cabo la actuación que el Papa pide y se vaya convirtiendo en realidad el sublime apóstrofe lanzado "en nombre de la religión, de la civilización y del recto sentimiento humano: ¡Basta de ilegales y brutales represiones, de propósitos de guerra, de hegemonías entre las potencias, cosas todas que truecan la vida terrena en un abismo de terrores, mortifican los espíritus y anulan los frutos del trabajo y del progreso!".

La paz no es algo estático; se alcanza con una acción enérgica y se mantiene con la tensión continua y vigilante. No es un bien que se nos dé pasivamente, ni tiene que ver con la inercia y el abandono.

La indiferencia no traerá la paz. La inactividad no atraerá la paz. Ni cualquiera actitud fatalista conseguirá otra cosa que contribuir a que la paz peligre y se pierda. La claudicación la destruiría.

La paz es un fruto; es algo que se conquista por una actuación espiritual y se conserva por una tensión también espiritual.

Las palabras de Su Santidad incitan al mundo a vivir en este clima.

Al mundo le va todo en ello. Los primeros en caer en la cuenta deben ayudar a que los demás lo adviertan. Y que acudan también al llamamiento del Vicario de Cristo, Príncipe de la Paz.

Es posible que el mundo nunca haya estado más en peligro de perder la paz, ni con más posibilidad de ganarla. Por esto el Papa le convoca directamente a la acción.

¿Y en qué deberá traducirse esta acción?

En un público pacto — prosigue el Papa — entre todos aquellos, Gobiernos y pueblos, que desean que el mundo recorra el camino del honor y de la dignidad de los hijos de Dios. (De nuevo acude el Papa al concepto más universal, al mismo tiempo que más radical para definir al hombre en su sublime carácter.) Este pacto deberá servir eficazmente para la defensa de sus miembros contra todo injusto ataque a sus derechos y a su independencia. Y de este mismo pacto, honestamente concluido entre las partes, y honestamente cumplido en todo momento, se seguirán dos consecuencias mediatas: la primera, el aislamiento automático del que se aleje de este camino; y la segunda — anhelada por el Papa —, como resultado de la unión compacta entre las naciones sinceramente amantes de la paz y de la libertad, el inducir, por una parte, a más suaves designios a los que se sustraen a las leyes fundamentales del humano consorcio, y, por otra parte, despertar en los pueblos sometidos a estos últimos una sana reacción, que presionará sobre ellos, en el sentido de aspirar a volver a formar parte de la humana familia para gozar del honor y ventajas que de ello se siguen.

Dios, Dios, Dios, cuyo nombre inefable, sinónimo de la verdadera paz y libertad, debe ser: "el estandarte de los hombres de buena voluntad, el vínculo de los pueblos y naciones, la señal con que se reconozcan los hermanos y colaboradores en la empresa común de la salvación", puede únicamente hacer fructificar esta obra.

T. L.

Nuestra vida de cristianos

En el presente mes el Apostolado de la Oración nos incita a rogar para que los fieles constituyan a la Santísima Eucaristía en centro de su vida. Es ésta una buena ocasión para reflexionar sobre nuestra existencia de cristianos.

Menudean entre nosotros las conversaciones acerca de un tema muy grato a los creyentes. El tema es la "presencia" de los cristianos en el mundo actual. Decimos que el cristiano debe estar "presente". La sola presencia del cristiano da testimonio de la Fe. Los hombres pueden llegar a Dios movidos del ejemplo del cristiano que se halla "presente". Si hablamos del ejemplo del cristiano, ya se entiende lo que se quiere significar con el término "estar presente". No un hallarse físicamente entre los demás, como cualquier otro, sino un mostrarse a los ojos de los demás de manera especial y característica: la manera propia del cristiano.

No hay duda posible acerca de los requisitos que resultan necesarios para que se produzca la "presencia" del cristiano. Se muestra en cristiano el que vive en cristiano. Se está pre-

sente como cristiano, cuando se es y se vive como cristiano.

Sin querer, empequeñecemos con frecuencia nuestro cristianismo. Hacemos que consiste a las veces simplemente en la observancia de unas prácticas exteriores, en mostrarnos indignados y violentos contra lo que hacen otros, que acaso se llamen como nosotros cristianos. La indignación frente al pecado, la observancia de la práctica son cosas buenas y necesarias, pero que sólo logran pleno y cabal sentido, en cristiano, cuando resultan de un modo de ver y de pensar que responde directamente a una existencia que quiere hacer verdadera nuestra condición de hijos de Dios.

No basta el don de la palabra. Es necesario poseer el espíritu. No tenemos lo suficiente para orientar a los demás, para dejar que se sienta con efectos de salud nuestra presencia de cristianos, cuando nos sentimos en posesión de una inteligencia despier-ta que descubre el punto flaco donde el resto de nuestros semejantes, o por lo menos la mayoría de ellos, contempla una línea uniforme. Nuestra palabra será entonces vano grito que

se pierde en el vacío, si no es el fruto de una vida cristiana plena y total. Cabe que se digan verdades. Siempre es más difícil que las verdades fructifiquen. Y la verdad del cristiano es una verdad de vida eterna porque es la verdad de Dios. Las verdades de vida eterna son las que nos llevan a vivir una vida eterna. Algo que está muy por encima de nuestra mezquina ambición de vivir bien, de "hacerlo" bien, de quedar bien.

"Vuestros padres comieron del maná y murieron. El que come Mi carne y bebe Mi sangre permanece en Mí y Yo en él. Vivirá para siempre." La presencia de los cristianos consiste, al cabo, en dar testimonio de esa vida eterna. Otra presencia que no consista en eso será minúscula o grande — qué más da — luz artificial que lanzamos al aire para engañarnos a nosotros mismos.

Pongamos punto a nuestras reflexiones. Esperemos que, detrás de él, se abra convincente el razonamiento que, con la gracia de Dios, nos lleve de la mano a comprender el misterio de vida eterna que para nuestra existencia — y nuestra ulterior presencia — de cristianos se encierra en la Sagrada Eucaristía.

F. T.

¡RESTAUREMOS LOS CAMINOS DE LA PAZ...!

Radiomensaje de Su Santidad el Papa al Mundo con ocasión de los acontecimientos de Hungría y Oriente Medio (10 noviembre 1956)

A la congoja de Nuestro corazón de Padre, por la iniquidad consumada para destruir al amado pueblo húngaro, reo de haber deseado el respeto de los fundamentales derechos humanos, se añade la inquietud por la paz amenazada y la aflicción de ver debilitadas las filas de aquellos sobre cuya autoridad, unión y buena voluntad parecía que se podía contar mucho para restablecer progresivamente la concordia entre las naciones en la justicia y en la verdadera libertad.

¿Quién podría negar que las cuestiones de la paz y de la justa libertad han dado amargos pasos atrás, arrastrando consigo a la oscuridad las esperanzas fatigosamente renacidas y confirmadas por múltiples testimonios?

¡Se ha vertido injustamente demasiada sangre! ¡Demasiados lutos y exterminios se han renovado de improviso! El tenue hilo de confianza que había empezado a reunir a los pueblos y sostenía algún poco los ánimos, aparece hecho añicos; el recelo y la desconfianza han abierto un abismo de separación más profundo. El mundo entero está justamente estremecido ante el apresurado recurso a la fuerza, mil veces, y por todos, execrada como medio para allanar las diferencias y asegurar la victoria del derecho.

No cabe duda que el mundo, del paroxismo de estos días de violencia ha salido desorientado y sacudido en su confianza, porque ha asistido a la renovación de una política que, de diferente modo, pone la arbitrariedad y los intereses económicos por encima de las vidas humanas y los valores morales.

Frente a semejante escarnio de la justicia y del amor fraterno; frente al escepticismo serpeante de los hombres ante el porvenir; frente a la agravada desunión de los espíritus, Nosotros, que hemos recibido de Dios el mandato de promover el bien de todas las naciones, y que juzgamos firmemente que la paz no es un sueño vano, sino un deber que todos han de actuar; con el ánimo de contribuir a salvarla en sí misma y en los factores sobre los cuales se funda, deseamos dirigir a los pueblos Nuestro grito acongojado: ¡Restauremos los caminos de la paz, consolidemos de nuevo la unión de aquellos que la anhelan, devolvamos la confianza a los que la han perdido!

Por ello, Nos dirigimos, ante todo, a vosotros, queridos pueblos, hombres y mujeres, intelectuales, trabajadores, artesanos y campesinos, de cualquier raza y nación, a fin de que hagáis oír a vuestros gobernantes cuáles son vuestros íntimos sentimientos y vuestras verdaderas aspiraciones. Los recientes sucesos han confirmado que los pueblos, las familias, los particulares, prefieren la tranquilidad del trabajo y de la familia a toda otra más codiciada riqueza. Ellos están dispuestos a renunciar a ésta si se hubiera de pagar con el precio de la tiranía o el riesgo de una guerra con sus consecuencias, ruinas, lutos, prisión y muerte. En nombre de la religión, de la civilización y del recto sentimiento humano: ¡basta de represiones ilegales y brutales, de propósitos de guerra, de hegemonía entre las potencias, cosas

todas que convierten la vida terrena en un abismo de angustias y terrores, atormentan los espíritus y anulan los frutos del trabajo y del progreso!

Esta, que es la voz de la naturaleza, debe ser proclamada en alto, dentro y fuera de cada nación, y tiene que ser oída y acogida por aquellos a quienes los pueblos han confiado el poder. Si una autoridad pública, por cuanto a ella toca, no tendiese a asegurar, al menos, la vida, la libertad, la tranquilidad de los ciudadanos, por muchas otras cosas que lograrse realizar, fracasaría en la sustancia misma de su fin.

Mas por encima de toda otra preocupación, pesa sobre los ánimos el significado de los luctuosos acontecimientos de Hungría. La conmoción universal y espontánea del mundo, que la atención puesta en otros graves sucesos no alcanza a disminuir, demuestra lo necesario y urgente que es el devolver a los pueblos la libertad de que han sido privados. ¿Es que puede el mundo desinteresarse de estos hermanos, abandonándolos al destino de una degradante esclavitud? Ciertamente, la conciencia cristiana no puede sacudir lejos de sí esa obligación moral, de intentar todo medio lícito a fin de que les sea reintegrada su dignidad y restituida su libertad.

No se Nos oculta lo enredadas que están actualmente las relaciones entre los pueblos y entre los grupos continentales que los abarcan. Pero escúchese la voz de la conciencia, de la civilización, de la fraternidad, escúchese la voz misma de Dios, Creador y Padre de todos, posponiendo, aun con grave sacrificio, cualquier otro problema y cualquier particular interés al primordial y fundamental de los millones de vidas humanas reducidas a la esclavitud.

Vuélvase cuanto antes a consolidar otra vez las filas y a estrechar en un pacto público y sólido a cuantos — Gobiernos y pueblos — quieren que el mundo marche por el sendero del honor y de la dignidad de los hijos de Dios; pacto capaz también de defender eficazmente a sus miembros de todo injusto ataque a sus derechos e independencia. No será culpa de los honrados, si a quien se aparte de este camino no le queda sino la soledad del aislamiento. Tal vez suceda, y Nosotros lo deseamos de corazón, que la unión compacta de las naciones, sinceramente amantes de la paz y de la libertad, sea suficiente para inducir a posturas más suaves a quienes se están desentendiendo de las leyes elementales de la convivencia humana y que, por tanto, se privan de este modo, por sí mismos, del derecho de hablar en nombre de la humanidad, de la justicia y de la paz. Sus pueblos, en primer lugar, no podrán menos de sentir la necesidad de volver a formar parte de la familia humana para disfrutar de su honor y de sus ventajas. ¡Todos unidos, pues, por la libertad y la paz, vosotros, pueblos queridos de Oriente y Occidente, miembros de la común familia humana! ¡La paz, la libertad! Ahora, estas tremendas palabras ya no dan lugar a equívocos. Ellas han vuelto a su primigenia y luminosa significación, como fué siempre por Nosotros enten-

Continúa en la pág. 300

SANGRE Y ESCLAVITUD EN HUNGRÍA

Puntos de análisis y de meditación

La tragedia espantosa que está viviendo todavía el pueblo húngaro y la agresión combinada de Gran Bretaña, Francia e Israel contra Egipto, entiendo, modestamente, que pueden resumirse, en su desarrollo y en el examen hipotético de sus inicios y de sus consecuencias, en los siguientes puntos, que expongo a la consideración de mis lectores para una adecuada comprensión de este comentario sobre la trágica actualidad internacional:

1) Los húngaros están siendo materialmente aplastados por la acción masiva de las fuerzas armadas soviéticas, *determinada*, en parte al menos, por la pasividad manifiesta — planeada o no — del llamado bloque occidental.

2) La *deserción* efectiva del continente europeo por parte de Gran Bretaña y Francia en unos momentos en que se ventilaba el futuro inmediato de algunos países sujetos a la Internacional de Moscú, ha constituido *uno de los factores determinantes del triunfo del Kremlin en Hungría*, que, a su vez, ha entrañado — sin olvidar otros factores — un aumento visible del prestigio de la U.R.S.S. en los países árabes y en casi todos los pueblos asiáticos.

3) La agresión no provocada llevada a cabo por los dirigentes de Inglaterra y Francia, que ha tenido la virtud de desencadenar la indignación mundial, sólo ha servido, prácticamente, para poner de manifiesto *la impotencia absoluta* de ambas naciones cuando les falta el respaldo de Norteamérica.

4) Es muy probable que *Israel* — a las órdenes de Ben Gurion — haya cometido *un grave error* al desencadenar *"ahora"* su ofensiva contra un país vecino, valorando excesivamente la influencia del Judaísmo con sede, respectivamente, en Londres y París, y el poder real de sus aliados en la guerra contra los egipcios.

5) La *obligada retirada* de las tropas inglesas, francesas e israelíes de las posiciones conquistadas en Egipto, impuesta conjuntamente, según noticias llegadas a nuestro poder, por *la presión norteamericana, las amenazas soviéticas* y — en el caso de Israel — por *la negativa del Judaísmo neoyorkino* a las insistentes súplicas de Tel Aviv, ha envalentonado en tal forma a la Unión Soviética, que no es posible esperar, por ahora, un eventual repliegue de sus divisiones destacadas en Hungría, aun después de haber impuesto sobre ese desgraciado pueblo un nuevo gobierno títere, que sigue los pasos de *las dictaduras judeocomunistas* de los Bela Kun, de los Rakossi y de los Geroe.

6) La extraña actitud de *paciente expectación* demostrada por el mundo árabe en los instantes álgidos de la agresión contra Egipto, parece resolverse en una *posición de enemistad profunda* contra el Occidente, que la intromisión descarada de la U. R. S. S. y el fracaso francobritánico en el Canal de Suez acentúa progresivamente.

7) Parece muy probable — a la luz de los presentes acontecimientos — que sea real y efectiva *la división, que podía sospecharse ya por sucesos anteriores, entre los altos dirigentes del Judaísmo mundial*, siquiera sea como fórmula táctica en los mandos inferiores.

8) Una vez más ha quedado demostrada la *influencia del sionismo y del comunismo* — stalinista o antistalinista — en las decisiones internacionales, especialmente en los casos de agresión armada, lo cual implicaría la existencia no tan sólo de un plan revolucionario a escala mundial, sino también de una *pérfida traición* latente en las naciones llamadas libres, sin exceptuar los países de gran mayoría católica.

Responsabilidades de los anglofranceses y de la O.N.U.

¿Qué ha significado el informe de Krushev — *si es que, en realidad, ha existido tal informe* — en la subida de Gomulka y en la caída de Rakossi?

Que la falta de unanimidad entre los dirigentes del Kremlin, visible ya anteriormente con el asesinato de Beria y el desplazamiento de Malenkov, ha sufrido en los pasados meses una dura demostración, hasta hacer posible un cambio, más o menos trascendental, en ciertos países sujetos a la tiranía del Kremlin, parece ser harto evidente para que necesite mayores precisiones. Lo que no está tan claro es la causa fundamental de esa discordia interna entre los sucesores de Stalin. *Se ha hablado del triunfo de la tesis de Tito contra la "heterodoxia" staliniana*. De ahí la reivindicación de Gomulka y su nombramiento como secretario del partido comunista polaco, lo que, a su vez, ha determinado la libertad para el Cardinal Wyszynski y para otros prelados de la católica Polonia que estaban detenidos desde hace bastante tiempo.

Sin embargo, la designación del comunista antistalinista Imre Nagy no se produjo hasta el primer motín popular que impuso la destitución del judío Geroe (Singer) — sucesor de Rakossi —, con el cual Tito había mantenido extensas conversaciones en fechas muy recientes, primero en Yalta, y en Belgrado después.

Cotejando las diversas informaciones que se poseen sobre el particular, parece probable que en un momento dado se hubiere alojado el control moscovita sobre los países satélites, que hizo posible a las dos grandes naciones católicas de la Europa central — Hungría y Polonia — una demostración viva de su ardiente fe y de su probado patriotismo, que mal pudieron conjugarse nunca con la imposición del comunismo ateo por parte de la U. R. S. S.

Los sucesos posteriores son sobradamente conocidos para que haya necesidad de insistir en los mismos. Pero lo realmente gravísimo, a mi modesto entender, es:

1) *Que las Naciones Unidas no hicieran caso del llamamiento del Gobierno de Hungría*, en lucha contra las fuerzas soviéticas que avanzaban hacia Budapest, y

2) *Que Gran Bretaña y Francia*, en un momento realmente crítico para Europa y excepcionalmente esperanzador para el futuro de las naciones esclavizadas por la U. R. S. S., enviaran sus tropas a hacer causa común con Israel, cometiendo por su parte un acto de agresión específica contra Egipto y olvidando sus obligaciones con la N. A. T. O.

Los alguaciles alguacilados

Contra todos los pronósticos *oficiales* de Norteamérica y pese a *las conminaciones de Eisenhower a Ben Gurion*, Israel agredió a Egipto, sin previa declaración de guerra, el 29 de octubre. Horas más tarde, Inglaterra y Francia dirigían un ultimátum a Egipto — también a Israel, aunque por pura fórmula — para que retirara sus fuerzas armadas de ambos lados del Canal.

Israel — como estaba previsto — aceptó el ultimátum, que, por otra parte, le era en extremo favorable, ya que facilitaba sus movimientos militares a través del desierto del Sinaí, como se demostró posteriormente, al quedar abandonadas las posiciones egipcias de más allá del Canal de Suez, a causa de los bombardeos anglofranceses y de la amenaza de desembarco que obligó a Nasser a un reajuste de sus efectivos militares.

La maniobra quedaba al descubierto.

Lo que parecía imposible — según venía repitiendo en sus crónicas, desde Washington, José María Massip —, es decir, “la guerra por el Canal”, se convertía, en apariencia al menos, en una realidad.

Desde hacía algún tiempo los sionistas franceses reclamaban una alianza militar de París con Tel Aviv, subrayando que Egipto era también enemigo de Francia, por su ayuda a los rebeldes argelinos. Sin embargo, las miras agresoras de Israel se dirigían preferentemente a Jordania — *más conforme con los límites territoriales que tuvo en sus tiempos el reino de David* —, pero la intervención obligada de Gran Bretaña hizo desviar la atención de los dirigentes sionistas hacia el Sinaí, ya que Aman mantiene un tratado de alianza con Londres.

¿Y qué diremos de Norteamérica?

“*Por primera vez* — lo he repetido antes y hay que insistir ahora, en circunstancias que pueden ser muy graves — *Israel no encuentra en Washington el apoyo incondicional de los años de Truman*. Esta diferencia — añadía Massip en una de sus crónicas — puede ser un *factor decisivo* en los acontecimientos del Medio Oriente. Pero Israel cree que éste es un momento psicológico único para lanzarse a una guerra, ganarla e imponer condiciones a Egipto y a los Estados árabes. *Las inminentes elecciones americanas; la hostilidad francobritánica contra Nasser, por causa de Suez; los acontecimientos antisoviéticos en Hungría y Polonia, y la nueva crisis antifrancesa en todo el Norte de África, forman el cuadro de razones por las cuales Israel ha escogido este momento, que cree de impunidad, para atacar en el Oriente árabe.*”

Después se ha visto que, aparte del “momento psicológico”, existía una *coalicción de intereses* con Francia e Inglaterra que favorecían el expansionismo sionista de Ben Gurion, y que, en cambio, la proximidad de las elecciones norteamericanas no favorecía en modo alguno los designios de los actuales gobernantes israelíes.

Como escribía por aquellas fechas, desde París, el corresponsal de Arriba, “*todo el mundo opera imaginando las reacciones del otro*. Por eso — añadía — la situación es grave. Porque *nadie sabe lo que exista verdaderamente de realidad* en la adivinada mentalidad de los otros”.

Con harta razón, veinticuatro horas más tarde, Carlos Sentís, desde la propia capital de Francia, podía telegrafiar: “Los días de que disponen los anglofranceses para establecerse en el Canal sin excesivo menoscabo pueden no ser muchos. *Rusia y Norteamérica, tras los dos “supergrandes”, son capaces de ponerse de acuerdo y alguacilar a los alguaciles*”.

Que es lo que ha ocurrido efectivamente. Los anglofranceses se ven obligados por las Naciones Unidas a suspender su acción militar y a retirarse de las posiciones conquistadas en Port Said. *La Unión Soviética, en cambio, puede continuar impunemente el exterminio en masa del pueblo húngaro*.

Pero, ¿qué ha ocurrido con Israel?

El Judaísmo norteamericano ataca a Ben Gurión

La noticia dada recientemente por la Agencia Efe desde Washington informando que “*el Consejo norteamericano del Judaísmo ha repudiado al jefe del Gobierno israelí David Ben Gurion*, en su petición, parece afirmar que estaba dispuesto — el Judaísmo estadounidense — a apoyar incondicionalmente “la política del presidente Eisenhower y del Gobierno norteamericano, en relación con la crisis del Oriente Medio”, y puede dar una indicación suficiente del *porqué Israel se ha visto obligado a ceder*, en una buena parte, las conquistas logradas con su última agresión.

Washington y Moscú parecen estar de acuerdo en parar los pies — *por ahora, al menos* — a Israel, mientras



Los tres grandes (del Punch)

los dirigentes judíos de Norteamérica y de la Unión Soviética apoyan, o tal vez impulsan, la política de ambos Gobiernos externamente favorable a los países árabes.

No obstante, para entender mejor el complicado estado de cosas que hemos tratado de resumir en la primera parte del presente comentario, conviene tener presente que *tanto el comunismo como el sionismo cuentan con el apoyo “substancial” de los supremos dirigentes del Judaísmo internacional*, pese a las diferencias reales que pueden existir entre ellos, en ciertos momentos, o por razones substantivas, en la valoración de determinados actos o de específicos hechos políticos realizados por la III Internacional o por Sión.

Por ésta y por otras razones, las palabras del Romano Pontífice exhortando al mundo sobre los peligros de una nueva conflagración mundial, mientras instaba a una ayuda efectiva por parte de las naciones y de los católicos todos en favor de Hungría, responden a una trágica amenaza que se adivina en los conciliábulos organizados entre bastidores en el escenario político de las grandes potencias y de algunas organizaciones internacionales.

La conjura sigue paso a paso, con los naturales obstáculos y previsibles dificultades, sus viejos planes contra la Iglesia y la sociedad cristiana.

Quien dude de ello, profundice los datos forzosamente limitados que acabo de resumir y los que publico periódicamente, contemple y sienta en su alma la tragedia del pueblo húngaro, y calibre el descalabro militar y político de Francia e Inglaterra — juguetes de extraños intereses — y el respeto con que Eisenhower se dirige a Ben Gurion para garantizarle, pese a todo, la *amistad oficial* de su país con Israel.

¿Todavía habrá quien dude de la existencia de profundas fuerzas sectarias, arraigadas con mayor o menor fuerza, pero siempre presentes, en los diversos países del mundo?

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANABELL

LA PREVIA CENSURA CIVIL A LA LUZ DEL PENSAMIENTO DE S. S. PIO XII

II*

Antes de iniciar mis reflexiones sobre algunas enseñanzas del Sumo Pontífice acerca de la opinión pública y la democracia, en sus relaciones con la libertad de prensa, haré las siguientes advertencias:

Las conclusiones que, referentes a la previa censura civil, deduzco de las palabras de Su Santidad, no han sido formuladas por él, y, por consiguiente, no las presento como indiscutibles enseñanzas pontificias, sino simplemente como normas que, a mi entender, se derivan lógicamente de ellas, consideradas en el momento histórico y psicológico en que han sido pronunciadas.

A otros, quizá, les parezca que esa derivación no está justificada por la lógica. Expongan sin apasionamiento sus razones, y contribuirán a la iluminación y acertada solución del problema.

Aun así entendidas las conclusiones a que he llegado sobre la previa censura civil, no pretendo que sean válidas sino para una sociedad culta y normal. Culta, como lo son, en mayor o menor grado, las europeas y afines de otras zonas del mundo; y normal, o no sometida a la violenta crisis de una guerra exterior o de una revolución interior, ni en situación de debilidad política o convalecencia por trastornos recientes, ni, en fin, en tales circunstancias que, según la prudencia cristiana, pudiera considerarse enferma y necesitada de un régimen terapéutico especial, incluso de la previa censura civil habitual y universal en manos del Gobierno.

Nadie, pues, podría ver en este artículo una intencionada y condenatoria crítica del régimen de prensa vigente hoy en nuestro país, sin demostrar primero que para el autor es España una sociedad no sólo culta, sino normal en el sentido expresado.

Mi intención es, en todo caso, interpretar, ilustrar, justificar, según mi modo de ver las cosas, un punto de doctrina relativo a la libertad de prensa, pero no juzgar, ni menos condenar, un régimen determinado, o la conducta de los que, bajo sus normas, y con noble afán de evitar a su patria los gravísimos daños del libertinaje o excesiva libertad, trabajan día y noche contra reloj, persuadidos de que, aunque nada humano sea perfecto, no obstante ellos la sirven lo mejor que, a su juicio, las circunstancias permiten, y alimentando el deseo y la esperanza de que pronto pueda llegarse, también en materia de prensa, y establemente, al ideal de armonía entre el orden cristiano y la libertad.

A pesar de situarme en esa zona meramente doctrinal, juzgo que mis reflexiones pueden ser de alguna utilidad, para orientar el criterio de los que sienten la noble preocupación cívica de ver en su país un estatuto jurídico de prensa plenamente adaptado a las exigencias actuales y nacionales del bien común cristiano.

Naturalmente, tampoco las demás afirmaciones hechas en este artículo, como en el anterior y en el siguiente, se presentan como apodícticas, ni como ciertas en cuanto se distinguen de las enseñanzas pontificias y de los principios universalmente aceptados por los autores católicos, o no sean por sí mismas evidentes. En temas de índole política la zona de lo opinable puede ser muy extensa. Sin embargo, en cuanto se ha dicho y se va a decir, será bien poco, de ser algo, lo que, si no es por sí mismo manifiesto,

no pueda autorizarse con el sufragio de respetables peritos y tratadistas de nota.

En todo caso, creo que a cualquier persona sensata le parecerá razonable, tan razonable por lo menos como la opinión contraria.

* * *

En su mensaje de Navidad de 1944 dijo el Papa: "Manifestar su propio parecer sobre los deberes y los sacrificios, que le vienen impuestos, no estar obligado a obedecer sin haber sido escuchado: he aquí dos derechos del ciudadano que encuentran su expresión en la democracia, según indica su propio nombre.

"Cuando se aboga por una mayor y mejor democracia, semejante exigencia no puede tener otro significado que el de colocar al ciudadano en condiciones cada vez mejores de tener su propia opinión personal y de expresarla y hacerla valer de manera conducente al bien común."

Y expresamente afirma el Papa que "por la solidez, por la armonía, por los buenos frutos de este contacto entre los ciudadanos y el Gobierno del Estado, puede reconocerse si una democracia es verdaderamente sana y equilibrada, y cuál es su fuerza de vida y de desarrollo".

Pero es en su discurso del 13 de febrero de 1950, a los participantes en el III Congreso Internacional de Prensa Católica, donde más detalladamente expone el Papa su pensamiento (1).

Allí afirma explícita y reiteradamente que debe haber en toda sociedad civil opinión pública (2). Y por opinión pública entiende "el eco natural, la resonancia más o menos espontánea de los sucesos y de la situación actual" en los espíritus y en los juicios de los hombres que "conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados a la comunidad de que forman parte".

"Es ella, añade, propia de los hombres de espíritu recto que tienen ideas claras de los problemas nacionales y verdaderos principios con que resolverlos, no de los que carecen de ellos y, como únicos valores de la vida, admiten el impulso y la reacción de los sentidos."

No puede, pues, hallarse en la masa inculta, prevenida, además, con falsos prejuicios y agitada con desordenadas pasiones, sino en los grupos sociales debidamente ilustrados y animados de amor al bien común, que resulta, ante todo, de la paz en la justicia y de la prosperidad en la cultura y en toda virtud.

Parece, pues, que, en resumidas cuentas, el Papa entiende por opinión pública el sentir de los hombres cultos y honrados sobre los asuntos de interés nacional, rectamente formado y libremente expresado. (Véase lo dicho sobre este punto en el artículo anterior.)

Donde no exista esa opinión pública, la sociedad se halla en situación anormal. El espíritu cívico falta, o en los ciudadanos, incapaces de formarse un concepto sobre los problemas nacionales y de preocuparse de ellos, o en el Gobierno, que no facilita la educación política de los ciudadanos, ni les consiente crearse una opinión sobre la vida nacional y manifestarla en la prensa (3).

(1) Allocución a los participantes del III Congreso Internacional de Prensa Católica, AAS. de 15 de marzo de 1950, págs. 25 y ss.

(2) Los tratadistas de derecho político se ven y se desean para definir el concepto de opinión pública, y no logran una definición unánimemente aceptada. Aquí no nos interesa tal definición, sino solamente el concepto expresado por el Papa cuando recomienda y aún exige en la sociedad civil una opinión pública.

(3) Allocución citada, AAS. de 15 de marzo de 1950, págs. 25 y ss.

* Véase CRISTIANDAD, núms. 297-298, págs. 233-236.

Pues bien, estimo que de estas afirmaciones del Romano Pontífice, utilizadas como premisas de un recto raciocinio, se deduce que una ley de prensa, como la descrita y recomendada en el anterior artículo, es el único régimen razonable en una sociedad culta y normal.

Porque, según el Papa, debe existir en todos los países opinión pública, o sea, un juicio rectamente formado y libremente expresado de los ciudadanos sensatos y responsables, sobre los asuntos públicos, de forma que, de no existir, habría de creerse que o la sociedad está enferma, por falta de civismo, o tiranizada por la autoridad, que no le deja tener o manifestar esa opinión.

Ahora bien, no se ve cómo en la sociedad civil pueda haber esa opinión pública rectamente formada y libremente expresada, cuando la prensa no dice sino lo que el Gobierno le permite o le manda decir.

El Papa requiere para la prensa una justa libertad. Esa justa libertad no puede tener como única norma ni la mera voluntad del gobernante ni la libérrima voluntad del periodista; porque ni el totalitarismo y sus afines, ni el liberalismo decimonónico llegados hasta nosotros son compatibles con la razón; y donde no hay razón no hay justa libertad.

Parece, pues, que la norma de la justa libertad deberá ser una ley positiva, elaborada a la luz de los principios de la filosofía cristiana, que por igual se oponga a la licencia de los periodistas y al despotismo de los gobernantes. Hoy está universalmente reconocido con evidencia de postulado que no es contrario al legítimo prestigio de la autoridad, ni, por lo mismo, vicioso en el periodista, criticar constructivamente los actos del Gobierno, ya aprobando unos, ya reprobando otros. Más aún, se estima que es muy provechoso para el bien común, por las razones desarrolladas en el artículo anterior. Esa crítica, añadimos ahora, es además una forma de colaboración ciudadana muy propia del digno escritor y de todo hombre culto, y un medio muy apto y muy del agrado de los más selectos para ejercer su derecho de ser oídos por el Gobierno, antes de que éste dicte sus órdenes; derecho proclamado por el Papa Pío XII en su mensaje antes citado.

Parece, pues, indiscutible que debería reconocerse el derecho de los ciudadanos a esa crítica; y no se ve cómo se reconocería, de requerirse la previa autorización gubernativa, a tenor de una censura previa universal aun en circunstancias normales. Una tal censura limita desmesuradamente ese derecho, porque hace depender su ejercicio, práctica y jurídicamente, con una dependencia absoluta, de la voluntad del poder ejecutivo.

El Gobierno infaliblemente tenderá a prohibir cuanto se opone a sus criterios, quizá errados, y tanto más tenderá cuanto más certera y eficaz sea la crítica adversa, aunque objetiva y provechosa al bien común. Él, aun de buena fe, creará que no lo es, prevenido con sus prejuicios y extraviado por su amor propio, y hasta se creará obligado en conciencia a prohibirla. Y si de hecho la prohíbe o, a lo menos, la dificulta, no puede hablarse de opinión pública manifestada en la prensa, sino de opinión gubernamental. Entonces, la prensa no es órgano de la locución del pueblo en general y de cada ciudadano en particular con el Gobierno; no desempeña su misión, ni de esclarecer y guiar o educar la opinión pública, ni de servir a los súbditos para dialogar con sus superiores y representantes.

No es que en principio los de abajo vayan a llevar razón siempre, y los de arriba nunca. Pero llevándola el Gobierno, si la crítica libre es constructiva, conforme a la ley, los más de los periódicos, muchos al menos, aprobarán y defenderán su actuación, como es natural; y si no es constructiva, han de ser castigados por la ley aquellos en quienes no lo sea.

Podría replicarse: Haya censura previa universal, pero el Gobierno autorice las críticas adversas, con tal que sean razonables y bien intencionadas; entonces no se limitará indebidamente la libertad del escritor.

Respóndese a esto que, siendo el Gobierno parte interesada en esta contienda — contienda de cada día —, no será de ordinario juez imparcial; y, por lo mismo, no podrá prácticamente usar la censura previa sin injusticia para el escritor.

Más todavía, aun en el caso de que fuera juez imparcial, la prensa no lo creería así, y los periodistas y sus lectores andarían amargados con la persuasión de que padecen injustas violencias siempre que se les impide expresar lo que desean.

Los jueces sólo son tenidos por imparciales cuando no son parte interesada.

Desengañémonos: cuando el Gobierno se reserva la censura previa, primero, muchas veces prohibirá publicar lo que no debería prohibir; segundo, inspirará a los ciudadanos la convicción de que la prensa no expresa la opinión del pueblo, pues por saber todos que publica solamente lo que el Gobierno autoriza, se les hace imposible discernir lo que sienten los escritores de lo que siente el Gobierno; tercero, dará ocasión a los extranjeros de que sólo vean en la prensa la expresión del pensamiento gubernamental.

* * *

El Papa habla en su mensaje navideño de 1944 del derecho del ciudadano a tener opinión personal y de expresarla y hacerla valer de manera conducente al bien común.

Claro está que el hecho de ser opuesta a la del Gobierno no implica que lo sea al bien común; en ocasiones sucederá lo contrario.

El Gobierno, pues, por el hecho de serle adversa una opinión, no tiene derecho a prohibirla.

Sin embargo, si rige el sistema de censura previa en sus manos, la prohibirá de hecho, a lo menos frecuentemente. Y entonces, ¿qué se hace del derecho del ciudadano a tener opinión propia, expresarla y hacerla valer en orden al bien común?

Replican los amigos de la censura previa que otros medios hay de ejercer el derecho de ser oído y el de expresar y hacer valer su opinión personal sin necesidad de servirse de la prensa; como es eligiendo representantes, vgr. diputados o procuradores en Cortes. Pero esta respuesta ni puede dar satisfacción al anhelo del ciudadano moderno, ni parece conforme con las enseñanzas pontificias.

El ciudadano no considera exhausta su posibilidad de hacer bien a su patria sólo con haber elegido, más o menos consciente y acertadamente, sus representantes en el municipio, en el sindicato, en las Cortes..., ni aun en el caso de que esos organismos actuaran con auténtica libertad y real eficacia.

Tiene conciencia de su derecho personal a enjuiciar los problemas nacionales que van surgiendo y a expresar dignamente su opinión sobre la manera de resolverlos adecuadamente, de forma que llegue a conocimiento de sus mismos representantes y gobernantes; y nadie tiene derecho a impedirle tan noble intervención.

No puede resignarse, mientras dura el mandato de sus representantes, a permanecer en actitud pasiva; y el modo de intervenir más fácil, más eficaz, más provechoso para el país, es manifestar los propios criterios debidamente razonados y hacer la crítica de los demás, ya pertenezcan a otros ciudadanos, ya al mismo Gobierno.

Esta manifestación y esta crítica han de ser bien intencionadas o inspiradas en el deseo del bien común, razonables en el fondo y correctas en la forma; pero no sé

A LA LUZ DEL VATICANO

con qué instrumento podrán realizarse por la generalidad de los ciudadanos, más fácil y provechosamente, que con la prensa.

No bastan las conversaciones particulares, ni las privadas informaciones al Gobierno y a otras personas calificadas, por correspondencia; porque estos arbitrios, bien que puedan lograr a veces estimable eficacia, no satisfacen al anhelo proselitista de quien, además, aspira a formar opinión, lo más amplia y posible, persuadido de que, cuanto mayor sea el número de ciudadanos rectos e ilustrados entusiasmados con el mismo ideal y participantes del mismo criterio para actualizarlo, más y mayores seguridades habrá de que se actualizará de hecho y se mantendrá una vez actualizado.

Ningún Gobierno puede oponerse a este noble afán cívico y proselitista, mientras no sea contrario al bien común. Lo cual significa que el Gobierno no puede en modo alguno limitar la libertad de prensa, ni, por lo mismo, imponer su previa censura, que de suyo contraría a ese deseo de difundir el ideal entre los conciudadanos y de influir en los gobernantes, si el bien común no lo exige.

Y no lo exige si, salva la libertad, existen otros medios de impedir los males, que se pretende impedir con la previa censura, vgr., una ley de prensa como la descrita en el artículo anterior.

El Papa, en su discurso citado y en el radiomensaje de Navidad de 1944, según hemos demostrado, reconoce el derecho de hacerse oír y el de tener opinión y manifestarla; y no parece que con ese derecho sea compatible la censura previa habitual y universal en una sociedad culta y normal. La expresión de esa opinión personal siempre está entonces a merced del Gobierno, parte interesada y a veces adversa, y de sus *censores*, más rigurosos que los ministros mismos, por su temor de disgustarlos u ofenderlos y perder el oficio o el crédito, si dejan pasar tal o cual escrito o pasaje sobre un tema de actualidad y apasionante; y, por lo mismo, continuamente el escritor sufrirá cortapisas molestas y prohibiciones injustas, que son la negación de la libertad, y le impiden dialogar con el Gobierno, ilustrar a sus conciudadanos, hacer crítica constructiva.

En virtud de todas estas consideraciones, me parece poderse afirmar que la censura previa habitual y universal en una sociedad culta y normal, y en manos del poder ejecutivo, no se armoniza con el pensamiento del Papa sobre la existencia de un sagrado derecho en los ciudadanos de tener opinión personal, expresarla libremente y hacerla valer ante toda la nación para colaborar al bien público en lo posible. Porque la existencia de ese derecho la afirma el Papa; y su ejercicio práctico parece demostrarse imposible en ese régimen de previa censura.

* * *

Se podría objetar: El Padre Santo, en ese mismo discurso, afirma que en la Iglesia debe haber opinión pública en el campo de las cosas disputables, y, sin embargo, el Derecho Canónico prescribe la previa censura eclesiástica para todo escrito que trate, en todo o en parte, de algo referente a la religión o a la moral. ("Scripta in quibus aliquid sit quod religionis ac morum honestatis peculiariter intersit", aunque el autor sea un seglar. Can. 1385, § I, 2.º).

Luego no se opone la previa censura eclesiástica a la existencia de la pública opinión en la Iglesia. ¿Por qué, pues, se va a oponer la previa censura civil a la existencia de la opinión pública en la sociedad civil?

Existe una gran disparidad entre ambas sociedades.

En la Iglesia la censura es necesaria y de suyo imparcial; en la sociedad civil, no es de ordinario ni lo uno ni lo otro, cuando la desempeña el Gobierno.

La Iglesia vive una vida sobrenatural derivada de la verdad revelada, que es en gran parte misteriosa e inaccesible a las puras fuerzas de la razón, y fácilmente oscurecida por tergiversaciones, confusiones y errores, cuando no es tutelada e ilustrada por el magisterio de la Iglesia.

Los errores en la fe y la corrupción de las costumbres que de ellos dimanar, originan gravísimos males espirituales a las almas, y la Iglesia en conjunto, cuerpo de Cristo, se resiente de la enfermedad o muerte de sus miembros.

Candidez sería — y es fundamental equivocación protestante — pensar que el libre examen y la libre discusión de los temas religioso-morales pueden por sí, sin la autoridad docente de la Iglesia regida por el Espíritu Santo, llevar a la posesión de la única y precisa verdad religiosa y moral.

Por esta causa la censura eclesiástica se impone cual medio indispensable de evitar a tiempo el error y sus perniciosos efectos.

Por otra parte esa censura es de suyo imparcial, por no intervenir en ella intereses, fines, apasionamientos contrarios a su objetividad.

Evitando el error religioso o la corrupción moral, la Iglesia siempre ha dejado y deja libertad de decir lo que uno opine fundadamente, esto es, apoyándose en razones más o menos sólidas. Los censores no pueden rechazar escritos en que tales opiniones se exponen, aunque no sean las suyas.

Además, en la zona de lo religioso y moral, o sea, de los intereses sobrenaturales y eternos, objeto de la censura eclesiástica, es más difícil y menos frecuente, aunque no imposible, que intervengan enconadas pasiones; y, caso de intervenir, será lo ordinario superarlas, pues así la autoridad eclesiástica como el oficio de censor han de residir en hombres que, por vocación, su formación y su estado, se sientan más desprendidos de lo caduco y temporal.

Por lo cual, el riesgo del abuso de los censores en sí, improbable, aunque posible, no ha de prevalecer, en orden a suprimir la censura, sobre el peligro y aun seguridad de publicar errores e inconveniencias, como se publicarían, no existiendo previa censura, máxime no pudiendo ésta ser suplida por materiales castigos *a posteriori*, que la Iglesia no puede realmente aplicar, sino sólo espirituales, que cohiben menos a los autores atrevidos.

Necesidad absoluta e imparcialidad moralmente segura justifican plenamente la censura eclesiástica.

La conciencia de esa necesidad e imparcialidad es, quizá, la razón de que no exista, ni parece que podrá existir nunca en la Iglesia, un tan vehemente deseo de libertad para expresar el pensamiento religioso sin previa censura, como el que existe en la sociedad civil para manifestar libremente la propia opinión sobre los problemas nacionales.

E. GERRERO S. I.

Continuará, D. m., en el próximo número.

POLITICA CRISTIANA

La fe del carbonero

Nos llega del Ecuador, de la pequeña y noble república ecuatoriana, madre de excelentes escritores y hombres de temple, un libro del P. Francisco Miranda Ribadeneira, pluma aguerrida y fecunda, bien informada y extraordinariamente devota de la pura verdad (1).

Se diría que el P. Miranda expone y discute — siempre con inalterable ecuanimidad — para precaver a las fuerzas católicas y en especial a las que, siéndolo, “tanto propenden a la condescendencia y tanto se olvidan del trabajo, fiadas en la inmortalidad de sus principios o en las glorias de su pasado”.

No entresacamos esta cita de la introducción, ni de ningún prólogo galeato o exposición de motivos que trate de dar a conocer los propósitos del autor. La encontramos, por el contrario, en un escondido rincón del final de la obra, y no se refiere a ella, sino a la efímera Constitución ecuatoriana de 1945.

Todas las páginas de *Política Cristiana* rezuman firmeza, seguridad y claridad. Si las comentamos no es para juzgarlas con criterios sociológicos o jurídicos. No tratamos de hacer crítica para pronunciar un juicio acerca de su valor científico. Queremos sólo glosarlas, porque nos han causado la impresión de que divulgan con gran acierto y genuina fidelidad el pensamiento de la Iglesia.

Tienen muchedumbre de cristianos (cristianos a veces de intachable conducta privada) una deformación doctrinal verdaderamente lastimosa. Con frecuencia proviene tal deformación de ignorancia culpable; pero, también a menudo, su base es la frivolidad con que juzgan cuanto hace relación al magisterio eclesiástico en materia política o social.

No es raro escuchar de personas que ocupan cargos de responsabilidad y que se ofenderían si fueran tachadas de católicos frívolos, expresiones como esta que oímos hace poco a cierto buen padre de familia con importantes ocupaciones nada ajenas al bien común: “yo tengo la fe del carbonero”. ¿Cómo será posible — pensamos nosotros al oírle — que este buen hombre ignore que tener la fe del carbonero, fe sin ilustración y sin razones, es, en su caso, nada menos que pecado?

No hay que añadir que, sobre el cimiento de esta fe, el respetable señor aludido edificaba, con el mayor desembarazo, teorías peregrinas en desazonante contradicción con las enseñanzas de la Iglesia. Pero ¿qué irritación habría sentido si nos hubiéramos atrevido a insinuárselo!

Estos católicos reaccionan ante las más graves cuestiones con la primera futesa oída en el café, o con la frase concienzudamente desorientada de cualquier escritor acatólico.

No han querido enterarse de sus obligaciones. Con la mayor facilidad las encontrarían formuladas en cualquiera de los innumerables libros donde se exponen. No digamos ya si hubiesen leído a Pío XII en aquel discurso a la Juventud Universitaria del año 1941: “Ante todo es necesario que en vuestra mente y en vuestra alma no haya desequilibrio entre vuestra cultura religiosa y vuestra cultura universitaria, general y especial... ¿No sería para vosotros un tremendo peligro si... os contentaseis, en las cosas de la fe, con permanecer, casi como niños, en las nociones y en las pruebas que os fueron enseñadas durante el curso de vuestros estudios elementales o medios?”

(1) Francisco Miranda Ribadeneira, S. I. (Director de “Pensamiento Católico”, Revista Ecuatoriana de Cultura): *Política Cristiana*. Quito, 1955. 260 págs.

Veamos ahora algunos extremos del pensamiento católico expuesto en *Política Cristiana*.

Tolerancia y caridad

El P. Miranda ha tenido buen cuidado de establecer precisiones muy claras sobre problemas cuya actualidad es siempre candente. Tales, por ejemplo, los de la caridad y la tolerancia.

En un libro lleno de envidia, el profesor Álvaro D'Ors decía, hace pocos años, que entre nosotros estaba floreciendo un cierto irenismo, en virtud del cual se tiende a borrar la frontera del bien y del mal y a exaltar frutos de la inteligencia que los cristianos habíamos decidido reputar erróneos y malos.

Abundando en esta misma idea, nos precave el P. Miranda contra “un falso concepto de caridad cristiana; la que quisiéramos hacer consistir, y frecuentemente con recta intención, en no herir ni molestar a nadie por nada del mundo, en una actitud de respeto al pensamiento ajeno que casi degenera en esclavitud y dependencia de él”. Y añade certeramente: “La consecuencia de esta caridad mal entendida es doble: dañosa para el interesado y dañosísima, sobre todo, para la colectividad. Por amor a la persona equivocada debemos, aun con disgusto suyo, combatir su error”.

En un pasaje de Vermeersch oportunamente citado encontramos unas precisiones que debieran formar parte del acervo mental de todos los católicos. “La alabanza universal — dice — que recibe la tolerancia privada, la inspiración cristiana que le hemos reconocido, ¿acaso nos autoriza a conceder un diploma de mérito a toda paciencia, a toda indulgencia, a toda imposibilidad manifestadas exteriormente? No; porque como hecho externo encierra una doble explicación. El hombre que se sobrepone al dolor puede ser un valiente o un aletargado. La ignorancia del peligro y la bravura dan igual serenidad frente a la muerte. Lo mismo el enfermo paralítico que el soldado valeroso, delante del enemigo no piensan en huir. En la esfera intelectual y moral hay de igual modo cegueras, letargos, parálisis o incapacidades que evitan la turbación, el rencor y la cólera. El hombre que no piensa no tiene jamás un conflicto de ideas con nadie... ¿Qué le cuesta también la tolerancia al escéptico o al que no se interesa por ninguna causa grande? Hay igualmente un pacifismo perezoso por malicia o temeroso por vanidad, que huye de las luchas y de las discusiones, pues éstas fatigan o exponen a la derrota.”

Reprueba el P. Miranda “cierta preocupación por no exponer la verdad completa”; preocupación — añade — que “se aplica lo mismo a los temas sociales que a los de educación o política. Un Evangelio a medias, una doctrina católica más o menos mutilada; nos acogemos a los textos evangélicos de la paz y de la caridad y olvidamos los de la guerra”.

La posición de Pío XII

Hace hincapié el P. Miranda en la perfecta continuidad que existe entre el pensamiento del gran Pontífice que hoy rige la Iglesia y el de sus predecesores, en cuanto toca a los errores del naturalismo liberal. El Papa, en efecto, no ha dicho nada sobre formas de gobierno, libertad, derechos y deberes de los ciudadanos y de la autoridad, tolerancia o intolerancia que esté en contradicción con lo que han venido enseñando los Pontífices anteriores.

Uno de los textos más ligeramente interpretados es el discurso a los Juristas Católicos Italianos, de 6 de diciembre de 1953. La doctrina magistralmente expuesta en esa oración es la tradicionalmente sostenida por la Iglesia en materia de convivencia y tolerancia. Pero, como hace notar muy bien el P. Miranda, "su pensamiento presenta un punto de vista no tratado comúnmente por los autores: el factor internacional como determinante en el juicio supremo de las conveniencias o inconveniencias de la tolerancia religiosa para los países católicos".

Hablaba Pío XII pensando en una comunidad de Estados y se preguntaba si "puede establecerse la norma de que el libre ejercicio de una creencia y de una práctica religiosa o moral, que tienen valor en uno de los Estados-miembros, no sea impedido en todo el territorio de la comunidad por medio de leyes o medidas coercitivas estatales".

La posición del Santo Padre estaba resumida por él mismo así: "Lo que no responde a la verdad y a la norma moral, no tiene objetivamente ningún derecho a la existencia, a la propaganda ni a la acción; el no impedirlo por medio de leyes estatales y de disposiciones coercitivas puede, sin embargo, estar justificado en interés de un bien superior y más vasto". Y añadía que la existencia de esta condición (la cuestión de hecho de si se da en un caso concreto ese bien) es cosa que ha de juzgar el estadista católico. "El cual, en su decisión, se dejará guiar por las consecuencias dañosas que surgen de la tolerancia, comparándolas con las que, mediante la aceptación de la fórmula de tolerancia, serán evitadas a la comunidad como tal, e indirectamente para el Estado que es miembro de ella."

Bien claro está que el Papa pensaba en el Cuerpo Místico universal y hablaba para un tiempo como el nuestro, en que las relaciones humanas tienden a universalizarse y puede darse el caso de que haya que ceder y transigir en el interior de una nación para conseguir bienes superiores en la entera vastedad de una comunidad internacional.

Sería ilícito deducir de aquí nada que no esté de acuerdo con la más rigurosa y perfecta tradición eclesiástica. El P. Miranda advierte que Pío XII "estigmatiza la actitud de los católicos tolerantes, cuando la tolerancia no tiene lugar", con esta enérgica expresión: "traición a la fe".

Es una temeraria frivolidad extraer consecuencias injustificadas de las enseñanzas romanas. Ha sido el propio Pío XII quien ha hecho notar que el debilitamiento en la defensa de la verdad integral fortifica el indiferentismo; que "en los grandes conflictos de ideas no hay lugar sino para los espíritus fuertes e irreductibles"; "que poseemos la verdad pura, la verdad que viene de Dios, toda la verdad"; y que a ella debemos obligatoriamente "una adhesión sin reservas y sin condiciones".

Derechas e izquierdas

Hay también un texto de Pío XII que dice así: "dejad que se espanten los tímidos; dejad a los pescadores de agua turbia jugando con vana fraseología". Lo hemos recordado muchas veces al leer artículos y ensayos de plumas católicas que constituyen un caos de confusiones.

Se viene practicando en algún país vecino una política que se dice cristiana y católica, cuyo dogma central es suprimir a fuerza de concesiones todo enemigo de izquierda. Estamos cansados de los anatemas de estos hombres contra la heterodoxia de cualquier pensador de orden y

defensor de la tradición nacional que haya incurrido en errores religiosos, desde los positivistas hasta los adalides del empirismo organizador. En efecto, por grandes que sean los aciertos de estos pensadores al juzgar las instituciones pasadas y las tradiciones más admirables y proponer su perduración, no está de más, ciertamente, poner a salvo la conciencia de lectores no precavidos, contra cualquier error religioso o incluso social. Pero lo curioso es que cuando se trata de pensadores de izquierda, estos irenistas se hacen lenguas de cualquier verdad o apariencia de verdad que, como gema entre escoria, descubren en libros que, al fin y al cabo, según doctrina pontificia que no vamos ahora a ejemplificar, han contribuido singularmente a la ruina del mundo. No parece que estos escritores y políticos católicos procedan con las miras sobrenaturales que a todos nos pide el Evangelio, sino movidos, más bien, por el temor, por la timidez, por el respeto humano.

Nos inspira estas reflexiones el siguiente mensaje del P. Miranda, que queremos confiar al lector. "Se habla de derechas y de izquierdas en lo político y se dice que la Iglesia no está de suyo ni en una ni en otra parte. Entendámoslo. Si por derechas se entiende la profesión y práctica de una vida humana en el campo político inspirada en principios cristianos, la Iglesia está en la derecha inspirando y vivificando y urgiendo la vida cristiana de aquellas fuerzas, aun cuando, al tratarse de partidos, no esté jurídicamente vinculada a ellos; si por estar en la derecha se entiende el militar en determinado partido, la Iglesia sobrenatural y ecuménica está por encima de las derechas, y lo está, entre otras razones, para poder mejor sobrenaturalizarlas y orientarlas en sentido cristiano. Decir que en determinados casos la Iglesia puede estar con las fuerzas de izquierda sólo puede significar que en determinados casos las fuerzas de izquierda (puestas por principio al cristianismo y que, por ello, ellas mismas se llaman de izquierda) están, excepcionalmente, dentro del espíritu de la Iglesia; que si, según la expresión de la Teología, *non omnia opera peccatorum sunt peccata*, la Iglesia siempre aprueba las acciones buenas, aun cuando procedan de espíritus desviados, como siempre reprueba los errores teóricos o prácticos, aun cuando vengan de espíritus orientados por las normas de la verdad y del bien. La expresión de que la Iglesia no está ni con la derecha ni con la izquierda es, en conjunto, bastante desafortunada, y muy a propósito para suscitar equívocos y desorientar criterios."

Romanticismo sentimental, ausencia de gallardía, abolición de la fortaleza: he aquí una actitud que nunca podrá ser genuinamente cristiana, por muchos partidarios que en cualquier momento encuentre esa tendencia a la claudicación que no hace sino expresar la eterna verdad de la flaqueza humana.

"La eficacia de las ideas — ha escrito Alvaro D'Ors en su hermoso libro *De la guerra y de la paz* — depende del grado de convicción con que éstas arraiguen en las mentes de los que se hallan propicios para recibirlas y del grado de valor para proclamarlas y disipar con ello la ambigua niebla de la neutralidad, donde todas las fuerzas del mal cobran ventaja."

En la exposición del P. Miranda campea, repetimos, una verdadera serenidad, una auténtica caridad, y al mismo tiempo esa firmeza de convicción que apoyada en altos criterios de autoridad y en una lógica rigurosa, dotan al razonamiento de natural eficacia. Es así como se prepara a los católicos para las luchas de la sociedad y del Estado.

J. P.

La pedagogía de la UNESCO en sus fuentes próximas

II*

Toda la enseñanza de la U. N. E. S. C. O. — ¡demasiado bien lo saben los norteamericanos! — está fundada y directamente inspirada en ese grupo de la "National Education Association" (N. E. A.), grupo que, a la vez, monopoliza y controla también la "American Education", la "American Association of School Administrators" y "The National Parent-Teachers Association"... Estos organismos son los que han trastornado y desconcertado, hasta sus mismos cimientos, la educación americana tradicional, abiertamente hace dos décadas, e insidiosamente desde el año 1909.

¿Quiénes son sus promotores? ¿Quiénes los hombres que actualmente las dirigen? ¿Cuáles los principios, los métodos, las directivas por las que, poco a poco, insidiosamente, se han impuesto a los espíritus de su país, antes de intentar imponerse a todos los del mundo?... Contestar estas preguntas en forma debida excedería en mucho el espacio que se nos ha concedido..., nos hemos de limitar a exponer algunos hechos reveladores...

He aquí, para empezar, algunas aproximaciones significativas, puestas en evidencia por los atentos y vigilantes cuidados del avisado patriotismo de la "American Legion".

Bertrand Russell, el filósofo cuya actividad intelectual está tan estrechamente unida a la U. N. E. S. C. O. desde sus orígenes, y que es uno de sus principales (los otros tres son: profesor Julián Huxley, doctor Ralph E. Turner, doctor A. L. Kroeber) encargados de la redacción de una nueva *Historia de la Humanidad* ("A History of Mankind") (1), destinada, sin duda alguna, a reemplazar los "libros de texto sobre Historia Universal actualmente existentes en las escuelas, colegios, universidades... Bertrand Russell es el hombre que ha hecho estas aterradoras profecías en *The Impact of Science on Society*; página 32, año 1951: "... Los psicólogos del futuro tendrán a su disposición algunas clases de niños, sobre los que podrán ensayar diferentes métodos aptos para crear en ellos la inquebrantable convicción de que la nieve es negra..." Y más adelante dice: "Nada serio puede hacerse si el adoctrinamiento no empieza antes de los diez años..." ("...before the age of ten...").

En fin: "... Cuando la nueva técnica de educación se haya aplicado como debe hacerse bajo el control gubernamental, durante una generación, la "dominación" de los miembros de la nación será tan perfecta, que no habrá en absoluto necesidad de fuerzas de policía ni de ejércitos..."

Ésta es, para decirlo ya de una vez, la filosofía de "hacedlos dóciles" (*Make them docile*), precisamente en uso en el seno de la "N. E. A.", que considera "la educación como una fuerza para internacionalizar las voluntades y los espíritus, obrando ya sea en el hogar, ya en la iglesia, ya en las escuelas y dentro de todas las comunidades..., utilizando todos los medios propios, así antiguos como recientes, para la formación y la doma de las masas: el texto impreso, y más aún la radio, el cinema, la televisión..." ("Organisation Nord Americaine des Quakers").

La "American Friends Service Committee", por su parte, encarece también el método en el "Boletín" de mayo de 1952, declarando, en substancia, que los "superpatrio-

tas", que rehusan ser "educados" por los métodos tiránicos antedichos, y no se avienen a prestar su voluntad "condicionada", son... verdaderos "enfermos mentales" (*Mentally ill persons*)... Posiblemente los llamados "enfermos" serán, en el espíritu de los responsables, automáticamente beneficiarios de tratamiento médico apropiado; siendo ellos, los pretendidos "ciudadanos del mundo", los únicos preservados de los estragos del "mal" llamado *patriotismo*...

... Sobre el pensamiento de Julián Huxley, primer director general de la U. N. E. S. C. O., no hay para qué insistir aquí, puesto que en materia de religión se aproxima en todo a la de su colega Bertrand Russell:

"Yo no creo en la existencia de Dios... ni de dioses..." También ha escrito Bertrand Russell en su libro *Why I am not a Christian* (pág. 28): "Creo que la religión cristiana, tal como está organizada en sus iglesias, ha sido, y continúa siendo, la principal enemiga del progreso de la humanidad..."

... Por lo que se refiere a la correlación directa del pensamiento y filosofía de John Dewey (1859-1952), con las prácticas y métodos de la U. N. E. S. C. O., queda determinada, sin equívoco posible, por numerosos reportajes de la valiente *American Legion* y de la no menos valiente *California League of Christian Parents*.

El difunto John Dewey fué hasta su muerte presidente honorario de la nefasta "N. E. A.". Su "filosofía del instrumentalismo" (pragmatismo) sustenta, como primera verdad, que no hay valores morales que una vez establecidos subsistan para siempre (...no fixed moral values...), ni tampoco verdades eternas (...no eternal truths...). Ya se sabe a lo que conducen tales principios...

En su vida, John Dewey dió el curso de Pedagogía en *Teacher's College*, de Nueva York, donde elaboró la teoría de la escuela "progresista" ante un auditorio internacional... Entre las dos guerras mundiales, Dewey propagó sin descanso esta teoría de educación — que mediante buen número de talentos, y de los mejores — ha contribuido en gran manera al analfabetismo del norteamericano medio... Para Dewey, la educación "tradicional" era "autoritaria" y "antidemocrática", sacrificando la inteligencia a la memoria... Según él, convenía "liberar" al niño; suprimir la disciplina y las competiciones... La escuela, según su punto de vista, debía adaptarse a las exigencias del alumno... En este mundo al revés, *learn by doing* — aprender por el método directo — era su divisa... El libro, por consiguiente, fué desterrado de la clase, substituyéndole los cubos, la pasta de moldear, los útiles... La escuela, bajo su influjo, se convertía en el lugar donde el niño era animado a olvidar su tradición, donde su espíritu era esencialmente dirigido hacia lo actual, lo particular, lo "práctico", sin programa preconcebido... Por primera vez, sin duda, en la historia de la educación, la tarea de transmisión y conservación de una cultura tradicional, quedaba escarnejada, subordinada al "reajuste" del individuo para el cambio social... ¿Es preciso añadir que el alumno, así formado por Dewey, se "reajustaba" también a la edad infantil y luego rehuía las pruebas de la madurez? De ahí la infancia anormalmente prolongada, la *boyishness* permanente entre los adultos americanos... De ahí también esa "atomización" intelectual de la sociedad moderna, que encierra al individuo en la soledad exclusiva de una técnica...

El individuo, según pretendía Dewey, debe fundirse en

* Véase CRISTIANDAD, núm. 294, págs. 184 y 185.

(1) Las "Naciones Unidas" han concedido para ello un crédito que no baja de 600.000 dólares. A estos trabajos revolucionarios (cuyos cuatro directores son "ateos" notables) la U. R. S. S. colabora... y participa en ellos. De los 9 miembros norteamericanos que colaboran en la obra ninguno es católico.

la "colectividad"... Todo, según él, se mide con términos de "eficacia social"... Las exaltaciones religiosas, los goces estéticos y elevados, el gesto noble o desinteresado, la "espiritualidad", no tienen para este filósofo más que una importancia secundaria... No cree más que en el "éxito" y en la "popularidad"... ¿Se daba cuenta Dewey del "hermoso" mundo que de este modo preparaba para el porvenir?

He ahí, pues, limitándonos a los breves "cuadros" que preceden, algunos de los hombres representativos, de ayer y de hoy, cuyo pensamiento alimenta y domina el organismo "cultural" creado por las Naciones Unidas (2). Naturalmente que a su lado había numerosos ayudantes y colaboradores, y todo el personal que tenían a "su alrededor" compartía íntimamente sus puntos de vista, sus sentimientos y sus ideas eran idénticos, y trabajaban imbuidos por la misma mentalidad en la revisión, refundición y nueva redacción de los "text-books" tradicionales, para la imposición de las nuevas directivas revolucionarias en la concepción y los métodos de la clásica educación norteamericana... Contra tan falsos principios, de los que se ha proscrito, entre otras cosas, las anteriores y sanas nociones de cristianismo, patriotismo, etcétera, no es sorprendente luchen hoy sin tregua la *American Legion* y otros múltiples organismos, agrupaciones y ligas "cien por cien norteamericanas", tales como — para no citar aquí más que algunas de las más representativas —: *The Veterans of Foreign Wars*, *The Knights of Columbus*, *The Sons and Daughters of the American Revolution*, *Our Lady's Crusaders*, *California League of Christian Parents*, *Militant Christian Patriots*... y otras muchas emplazadas en toda la vasta extensión de los Estados Unidos.

Todas y todos "combaten" animosamente, sin desfallecimientos. Ni los unos ni los otros "se muerden la lengua"; hablan resueltamente de las cosas, de los hechos y de los intereses. Hamándolo todo por su propio nombre...

Anexo 1

Las teorías del alemán Rudolf Steiner, expuestas especialmente en una de sus obras más asequibles *Theosophie* (edición original de 1916, de la que apareció en el

(2) ¿Será también preciso recordar que en el fundamento mismo de la redacción de la "Carta" de las Naciones Unidas, se encuentran la inspiración y la participación directas de Alger Hiss, el tristemente célebre personaje del que la UNESCO, "agencia especializada" de las "Naciones Unidas", ha heredado los principios y la política de "mal olor" ("bad odor", según las mismas palabras empleadas por el diputado Burdick, en uno de sus recientes

año 1922 una traducción que hoy es imposible encontrar), después de haber peligrosamente inspirado ciertos aspectos del hitlerismo, figuran en la base del pensamiento de varios responsables de la pedagogía desarrollada en la "N. E. A.", es decir, en la pedagogía de la U. N. E. S. C. O....

La decencia nos prohíbe exponer en detalle esos principios esenciales. Digamos solamente aquí, a título de indicación general, que el "antrophosphismo", de Steiner (desviación de la enseñanza de la *Société Theosophique*, a la que perteneció en sus comienzos), está principalmente fundada en el culto fálico, que no es, en sí mismo, otra cosa que la "doctrina de la ciencia secreta" de los antiguos egipcios, persas e indios... Las escuelas que durante el primer cuarto de este siglo se fundaron en varios países europeos, para la aplicación de estos principios, por Rudolf Steiner, son la culminación del sueño de otro iluminado alemán: Theodoro Reuss (del que Steiner fué en cierta manera discípulo), que, con su colega Karl Keller — los dos francmasones y afiliados a muchos otros grupos ocultos — pueden ser considerados sin exageración como los apóstoles del vicio y la perversión... El "culto fálico", monstruoso antagonista de la religión cristiana, consiste, como bien lo indica su nombre, en "la apoteosis del instinto sexual"; las partes genitales son, según sus adeptos, símbolos terrestres de la "divinidad del hombre"...

Estas son las nociones, que ya antes del nacimiento de la U. N. E. S. C. O., habían conducido al nudismo, al amor libre, al bolchevismo, a la ausencia, a la abolición absoluta del "pudor", este sentimiento que los espíritus del mal reprochan al cristianismo... (3).

DR. MAURICE ANDRÉ

discursos pronunciado en la Cámara)...? Ese mismo Alger Hiss que, algunos años más tarde, había de ser condenado como "perjuro" ("convicted of Perjury") durante el proceso que se siguió contra él por sus actividades y filiación comunista.

(3) ¿Es necesario recordar aquí que los métodos llamados de "Educación sexual" o "Iniciación sexual" (lo mismo que la teoría llamada "eugenismo") han sido solemnemente condenadas por un Decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, en 18 de marzo de 1931? — sentencia confirmada personalmente por el Santo Padre, Pío XI, al día siguiente...

El "eugenismo" había sido anteriormente denunciado con los mismos términos empleados en la Encíclica sobre el matrimonio cristiano "*Casti connubi*", de fecha 31 de diciembre de 1930.

El Decreto que acabamos de citar era la contestación oportuna a dos dudas formuladas a la Sagrada Congregación por Monseñor Ernest Jouin, el animoso fundador de la "*Revue Internationale des Sociétés Secrètes*", a quien fueron concedidas, mientras vivió, muchas pruebas de aprobación, aliento y benevolencia por parte de la Sede Apostólica, tal como lo recuerda un texto rarísimo que tenemos ante los ojos y del que extractamos lo siguiente:

"Afirmáis con constancia y valor los derechos de la Iglesia católica — no sin peligro de vuestra vida — contra las sectas enemigas de la religión..." (Breve de 23 de marzo de 1918)...

"...Su Santidad se complace en felicitaros y alentaros en vuestros trabajos... Como prenda de los favores celestiales, el Santo Padre os concede de todo corazón la Bendición Apostólica (Carta del Cardenal Gasparri, 20 junio 1919).

Viene de la pág. 291.

¡RESTAUREMOS LOS CAMINOS DE LA PAZ...!

dida, esto es derivado de los principios de la naturaleza y de la voluntad manifiesta del Creador. Repetidlas, proclamadlas, actuadlas. Que vuestros gobernantes sean fieles intérpretes de vuestros verdaderos sentimientos, de vuestros auténticos anhelos. Dios os ayudará, Dios será vuestra fortaleza.

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Que este nombre inefable, fuente de todo derecho, justicia y libertad, resuene en los parlamentos y en las plazas, en las casas y en los talleres, en los labios de los intelectuales y de los trabajadores, en la prensa y en la radio. El nombre de Dios, como sinónimo de paz y de libertad, sea la bandera de los hombres de buena voluntad, el vínculo de los pueblos y de las naciones, la señal por la que se re-

conozcan los hermanos y los colaboradores en la obra de la salvación común. Que Dios os sacuda del letargo, os aleje de toda complicidad con los tiranos y con los autores de guerras, ilumine vuestra conciencia y robustezca vuestra voluntad en la obra de reconstrucción.

Resuene su nombre, sobre todo, en los templos sagrados y en los corazones, como suprema invocación al Señor, a fin de que con su infinito poder ayude a llevar a cabo lo que a las débiles fuerzas humanas resulta tan difícil de conseguir.

Con esta plegaria, que Nós el primero elevamos a su trono de misericordia, os dejamos, queridos hijos, confiando en que un cielo sereno volverá a resplandecer sobre el mundo y sobre las frentes abatidas, y que la paz, probada por tan graves peligros, saldrá más límpida, más duradera, más justa.

ENFRIAMIENTO E INFILTRACION

Una actitud de derrotismo cunde hoy en la mentalidad de muchos católicos cuando se entregan a una consideración seria de lo que el comunismo representa en nuestra época. Se piensa en el comunismo como en uno de los polos que conducen a la realidad actual. El otro polo, claro es, sería el capitalismo, y se prevé que la chispa se encenderá tan pronto como ambos se interfieran. Pero el comunismo no es sólo una fuerza social. Su tesis fundamental de que nada existe fuera de la materia y que este mundo se produjo en un momento dado "por sí mismo", le convierte en un sistema pseudoreligioso. Veamos cómo. Para explicar el origen del movimiento en el mundo emplean los filósofos soviéticos una ley fundamental en la dialéctica materialista: la ley de la unidad y de la lucha de los contrarios. Con esto pregonan la inutilidad de la existencia de Dios, excluyendo de cualquier modo la razón de ser de un "primer motor", de un ser creador en el mundo. Quitado Dios del mundo, queda el hombre; como concluía Feuerbach su antropologismo: *homo homini Deus est*, es decir, el puesto de Dios en el mundo le corresponde al hombre.

Pero la novedad que el materialismo dialéctico presenta frente al materialismo vulgar de los siglos XVIII y XIX es que, en este proceso de desviación de Dios, el materialismo dialéctico no ha parado solamente en el ateísmo, sino que ha dado la vuelta a la religión, como se la dió a la dialéctica hegeliana: ha divinizado al hombre. Dostojewsky anunció esto con alguna antelación: "Los nuestros no sólo se hacen ateos, sino que creen en el ateísmo como en una religión".

La consecuencia de colocar al hombre en lugar de Dios va al extremo: no es, pues, el hombre obra de Dios, sino una parte de la naturaleza, producto de la materia. La materia que existe desde la eternidad se encuentra en un desarrollo ascensional, en cuyo curso se producen formas más elevadas de existencia. El primer asomo de libertad lo experimenta la materia en el hombre y en el conocimiento humano. El hombre conoce las fuerzas y leyes que operan en la naturaleza y las señorea de modo absoluto, por manera que según la teoría de Lysenko, el hombre es capaz de dirigir a capricho el desarrollo de la naturaleza, sin que lo impidan en biología la diversidad de las especies siquiera. A pesar de ese señorío sobre la naturaleza, el hombre permanece sometido a una necesidad más opresora: es la esclavitud en el campo social, condicionada por la anarquía de la producción de los bienes materiales. Este mal lo remedió Marx con el hallazgo de las leyes de la evolución social. El desarrollo social o histórico está sometido ahora a la dirección consciente del hombre. Suprimida la sociedad privada y establecida la sociedad comunista sin clases, controla el hombre en primer lugar el desarrollo económico y *eo ipso* todo el desarrollo social restante. Y así el hombre se independiza. Este es el famoso salto del reino de la necesidad al reino de la libertad que entraña la transformación definitiva del mundo. Es decir, aparece aquí el elemento mesiánico que tanto impulsó Lenin en el materialismo dialéctico, influenciado como estaba él mismo por las corrientes religiosas rusas eslavófilas. En esta redención materialista del mundo, el materialismo parte del hecho de que el mundo va de mal en peor. Pero no se requiere una intervención divina, es decir, la redención viene desde abajo, o con otras palabras, hay que escalar el cielo desde una nueva torre de Babel.

Decía Nicolás Berdiaeff que los filósofos soviéticos eran los soldados de la filosofía militante, los cuales tie-

nan cierto parecido con los teólogos católicos. Esto lo dijo Berdiaeff porque los filósofos soviéticos ponen como base de sus investigaciones, no un método filosófico, sino un método teológico: un procedimiento que no cuestiona si un principio es exacto en sí o no, sino si está contenido en el "depósito de la revelación" y avalado por un magisterio que se supone infalible: el Comité Central del Partido. Los raciocinios de los filósofos soviéticos no se producen *ex ratione*, sino *ex ratione theologica*. Existe, claro es, una diferencia esencial entre el impulso teológico católico y el filosofar soviético: antes de que el teólogo católico acuda a la autoridad, ha demostrado por procedimientos puramente filosóficos la existencia de Dios, y de un modo histórico también el hecho de que Dios ha hablado a los hombres, en una revelación positiva. Para los filósofos soviéticos, al contrario, la autoridad de los clásicos del marxismo no es una cuestión que admita discusión, se acepta sin más. Si esto es así, cualquiera puede entender que el principal antagonista del materialismo dialéctico es el catolicismo. Guido Monacorda ha acuñado, para expresar esta idea, la frase: "viene a ser el comunismo un cristianismo, o por mejor decir, un catolicismo a la inversa, como un guante al revés".

Sobre esta base puede ahora muy bien fundamentar su política de rapacería, que ellos denominan pomposamente política de realidades.

A veces extraña que mucha gente del lado de acá halle espaldas allá, y alarma también el peligro de infiltración. Pero la verdad es que la fuerza impulsiva de la ideología del sistema soviético radica en el hecho de que las dos tesis fundamentales en que se basa, a saber, que nada existe fuera de la materia y que el mundo se produjo por sí mismo en un momento dado, van bien con la mentalidad de una mayoría de los ciudadanos medios que no son religiosos o cristianos, y esto aunque políticamente sean hostiles al comunismo.

Por eso los ataques no son eficaces. Es inútil atacar un materialismo oponiendo otro. El procedimiento es volver a Dios; reconocer a Dios el puesto que le corresponde en el mundo.

Voces autorizadas han anunciado que el hombre moderno se mueve ahora, como el hombre del Renacimiento y del Medioevo, por un flujo subterráneo de creencias. Una de ellas es la fe en un progreso indefinido, esperando que en el futuro se remediarán muchos de los males del mundo actual. Es decir, el hombre moderno cree en la posibilidad de un nuevo paraíso en la tierra. Esta es ya una idea marxista. La primera tarea del comunismo es favorecer la secularización de las creencias.

Si restablecemos el orden que requiere el antagonismo religioso que media entre catolicismo y comunismo, el peligro de infiltración será menor y llegará a desaparecer si logramos volver a Dios.

* * *

Algo de artificioso, tienen también las luchas que algunas potencias emplean contra el comunismo, y sería ridículo que la fantasía del católico viviera pendiente de cálculos sobre la bomba H o la bomba de cobalto. Ideológicamente, el comunismo está en trance de fermentación; hoy día empero no acertamos a comprender cómo concluirá todo; pero tal vez los que historien en el futuro nuestra época comprueben sin dificultad que nos sobraron signos expresivos — si se quiere — de desacuerdo, pero que nos faltó acción: acción valiente y organizada dentro de nuestros propios muros.

FR. ANASTASIO ALEGRE, O. S. A.



Lo bueno y lo malo

"Don Pío Baroja, Premio Nóbel de Literatura". Sorprenderá, sin duda, la aposición. ¿Pero don Pío Baroja ha sido galardonado con el Premio Nóbel? No. No lo digo por guasa. Los muertos se merecen el máximo respeto. Así reza el epígrafe de un artículo de periódico que tengo a la vista y que fué publicado en un diario provinciano en 1951. Don Pío Baroja, el gran novelista español, ha partido para el otro mundo sin haber sido distinguido con el máximo galardón literario, que se tenía merecido "con bastantes más méritos que otros escritores extranjeros". Es de lamentar, pero así ha sido. Don Pío, como otros muchos, como Ortega y Gasset, Unamuno, como Antonio Machado..., para quien nuestro reciente premio Nóbel pedía el galardón, ha pasado a los brazos de la Muerte sin disfrutar del triunfo.

En este artículo que tengo a la vista, el autor ya da por seguro que el premio recaerá sobre don Pío, basándose en una insinuación que, a raíz de la reunión del Jurado en Estocolmo, hacía un semanario parisino... "El acuerdo parece que existe en Estocolmo. Ahora que no lo estropee la gangrena española de la envidia... No suceda como con don Benito Pérez Galdós que, después de acordado por el Tribunal, no le fué otorgado por el odio de los mismos españoles... En el terreno literario nadie con más méritos que él en Europa para tan alta distinción..." Esto escribe el autor del artículo, novelista y paisano suyo. Y falló el Jurado y don Pío quedó eliminado por aquella vez, como ahora lo fuera el poeta francés Alexis Leger, rival en la concesión del Nóbel, de nuestro J. R. Jiménez.

Y no creo que la gangrena de la envidia obstaculizara el camino del triunfo del novelista vascongado. Las cosas son así. Dios no permitió que ese hombre, "el más ferozmente independiente de los hombres", fuera objeto de tan alta distinción. Y creo, según comunicaron, que ni siquiera se le pudo anunciar la concesión del Nóbel a J. R. Jiménez, a causa del lar-

go período de inconsciencia en su última enfermedad.

Pero para don Pío, que ni Pío es ya ni Baroja, sino, inesperadamente, un bendito o maldito del Padre para siempre, se acabaron todas las esperanzas de galardón. En el otro mundo, el Jurado no se fijará precisamente en sus obras literarias ni en sus méritos literarios, sino en sus obras morales. El Premio Eterno de Santidad se otorga no a uno de entre muchos, sino a todos los que realmente tienen méritos suficientes. Y don Pío... La misericordia de Dios es muy grande y los designios de la Providencia inexcrutables, pero si *sicut vita finis ita y ex fructibus sorum cognosceitis eos...* me temo por don Pío que se haya quedado también sin el galardón de la otra vida. Y esto sí que sería más de lamentar, porque, al fin de cuentas, éste es un premio eterno e inmarcesible, mientras que el otro es temporal y transitorio.

A raíz de su muerte publicó un periódico una fotografía del insigne novelista, que cada vez que mis ojos topan con ella (la tengo ante mí en el escritorio) me inspira un sentimiento de compasión. El rostro tiene una expresión de profunda, inusitada tristeza. Sus ojos tiernos y apagados, profundamente pálidos y pensativos, como si solicitaran una limosna por amor de Dios, parecen manifestar una profunda angustia. Entonces yo me siento cristianamente compasivo y rezo una oración por su alma que, al fin y al cabo, no sabemos dónde se hallará, si en los brazos de Dios, purgando sus culpas, o penando para siempre en los infiernos.

La realidad es tremendamente torturadora. Para un hombre que ha pasado por la vida huyendo de la realidad más trascendente de la existencia y con la que hay que contar siempre, el encuentro inesperado con Dios ha de constituir un momento difícil y desconcertante. Para un hombre que sólo se fijó y se preocupó de lo más trágico, vil y miserable de la vida en lo intrascendente y temporal, su encuentro con lo eterno e in-

evitable hubo de producirle una sorpresa desorientadora. Mas, tal vez, y éste es nuestro sincero deseo, don Pío, al cerrársele las puertas de los sentidos corporales, abriera las del espíritu y reconociera la tremenda realidad de Dios y de la eternidad que jamás impresionó su alma durante su larga vida. En esas horas en que don Pío vivió inconscientemente no podemos saber qué pasó por su alma. Quizá un aletazo de la gracia le sustrajo de su modorra espiritual y un sincero arrepentimiento borró, como de un plumazo, toda su negra biografía del libro de la vida.

*A un hombre que mató a diez
y era la imagen del vicio,
dicen que el Supremo Juez
le libró del precipicio
sólo porque amó una vez.*

Nos place traer a cuento estos versos del poeta nicaragüense, porque dando al verbo *amar* en el verso un sentido sobrenatural, puede ser una gran verdad. Un solo acto perfecto de amor a Dios perdona todos los crímenes por grandes y enormes que ellos sean. Y si don Pío amó así una vez...

La Iglesia no niega a nadie sus oraciones. Si antes de su muerte se rezó por el "insigne y universal novelista", no debemos olvidarnos ahora tampoco de su alma, que tal vez está satisfaciendo por sus culpas en espera del momento de descansar en los brazos infinitamente misericordiosos de Dios. De Dios con mayúscula, que es lo verdaderamente eterno e inmutable, infinito y sin horizontes.

"Esta vida está acotada", decía don Pío en uno de sus artículos con acento de encarcelado. "Lo único eterno e inmutable es esa sensación de coto cerrado, de vallado infranqueable, que se siente cuando se vive..., que quita a la vida lo imprevisible, que podría ser lo más agradable y sugestivo..." Con esta concepción de la vida no nos sorprende que Baroja condene a todos sus personajes al fracaso y los conduzca, después de una vida más o menos desolada, amarga y miserable, a un fin trágico y patético. Porque en realidad de verdad el mundo barojiano es un mundo tan poco agradable, tan poco placentero, que más bien resulta repelente y despreciable. Por el escenario de sus obras desfilan todas las pasiones y sentimientos del hombre más bajos y ruines. Rara vez topa uno en su obra — "denso bosque sacudido por la belleza, la angustia y la emoción", con un personaje honrado, optimista y afortunado hasta el fin. Parece que el novelista se regodea colmando la capacidad natural de felicidad de sus

personajes, para luego perforársela con un cierto placer sádico mediante un suceso y fin trágico, vaciándoles así al fin de sus días, o lanzándoles desde la cima de su felicidad al abismo de la desesperación. Y es que el bueno de don Pío, que con tanto acierto sabe interpretar esa vida acotada, padecía miopía para las bellezas morales y sobrenaturales. Baroja, "cantor vagabundo por los más varios caminos — geográficos e ideológicos — sin rumbo determinado, con espíritu ferozmente independiente, curioso de todo", no llegó a barruntar siquiera ese paisaje sin duda mucho más bello, el moral, que se extiende más allá del coto que reducía sus horizontes. O si alguna vez lo contempló, insensible para lo moralmente bello, lo despreció olímpicamente.

Y por desgracia, como indicaba no hace mucho uno de los escritores católicos más leídos, Bruce Marshal, está visión de la vida, en su aspecto más repugnante, constituye una postura dentro de la nueva literatura. "La nueva literatura — dice — me parece que no observa a los "santos anónimos". La nueva literatura se fija en los hombres que caen en el vicio; son tentados y sucumben. Yo llamo "santos invisibles" a esos hombres que luchan a diario contra las bajas pasiones y las vencen manteniéndose en el camino de la moral y de la honradez. Son "santos invisibles y sin altares".

Sería de lamentar que esta generación de escritores tan fecunda que pulula hoy entre nosotros, admiradores incondicionales del maestro, a quien consideran como a un dios olímpico, se dejase guiar, cautivados por la sugestiva y peligrosa belleza literaria del "incomparable paisajista vasco", como dicen ellos, por los derroteros tan peligrosos y extraviados que él siguió, olvidándose de que cuando un ciego guía...

Por eso, ahora que parece haberse despertado, con su fallecimiento, un fuerte regusto y excesiva admiración por sus obras, cabe llamar la atención de lectores incautos que no sepan discutir entre lo literariamente bello de su obra y ese otro fondo obscuro, tenebroso, repelente y amoral con frecuencia y a veces casuístico y blasfemo de su temática novelística.

* * *

Algo parecido a lo que acabamos de afirmar de Pío Baroja, podríamos decir de nuestro reciente Premio Nóbel, J. R. Jiménez. Sin embargo, parece que ahora, cuando se acerca ya al fin de sus días, se advierte en él un acercamiento a Dios, al Dios único que tan poca influencia ha ejer-

cido en su obra poética. "Le he escrito a tío Juan, después de haber publicado *Animal de fondo*. Ya está Dios en su obra. De una manera vaga. Pero está." Así se expresaba ante un periodista la Madre Inmaculada, religiosa, sobrina del poeta, con los ojos traspasados de luz. Nos causa un placer inmenso el saber que nuestro máximo poeta actual, parece que al fin va descubriendo a Dios en las bellezas de la Naturaleza que él ha cantado tan maravillosamente.

Esta figura preclara de la Poesía española, que al decir de Azorín, "representa toda una época en la evolución de la lírica española" y de quien escribe Onís: "No me atrevo a decir que sea el mayor poeta que ha existido nunca, pero dudo que exista alguien que le aventaje en pureza y unidad", hasta ahora no ha descubierto a Dios en las criaturas, sino a dioses pequeños e intrascendentes. Es más, en cierta ocasión, él ha dicho de los poetas: "los poetas somos dioses y lo mejor es no interpretarnos, léannos y mediténnos y con ello se mejorará el mundo".

Pues bien, dentro de sus bellezas poéticas se encierra en la poesía de

J. R. Jiménez un "misticismo panteísta", como ha calificado a su poesía no hace mucho un crítico católico. Nos parece, pues, muy natural que califique el mismo poeta andaluz de "místico panteísta" a San Juan de la Cruz, como nos asegura el agustino P. David Rubio, amigo suyo, en un reciente artículo. Es muy natural — dice el ilustre agustino — que J. R. Jiménez no comprenda a nuestro místico, dada su falta de preparación teológica e ignorancia absoluta de la espiritualidad cristiana. No obstante, el poeta de Moguer es un gran admirador del Místico poeta.

En la época actual, al decir de un escritor, parece que "Dios ha bajado a la Poesía", pues en las generaciones de poetas jóvenes parece aletear una preocupación, bien que un poco angustiada, por el más allá y los problemas trascendentales de la vida, inundándola de luz y belleza

Ojalá baje también no sólo a la pluma de ese poeta anciano recientemente galardonado, sino también a su alma, inundándola de luz y belleza espiritual.

LUIS G. FERNÁNDEZ
O. S. A.

El hombre viejo y "La mujer nueva"

Es una magnífica intuición cristiana la de Carmen Laforet. Llama Paulina a la protagonista, y "La mujer nueva" a la obra, premio Menorca.

Y es que, efectivamente, su gran novela representa un logrado esfuerzo de acercamiento al "paulinismo", a esa serena y honda interpretación del Evangelio, clara y fuerte, comprensiva y triunfal.

Y había de ser así. Laforet escribe en condiciones netamente "paulinas", después de una fulgurante y bendita conversión. Un día de diciembre de 1951, la gracia invadía gozosamente el alma de esa madre y escritora joven, pero "mujer vieja", autora laureada ya con obras como "Nada" y "La isla de los demonios", en las que se puede adivinar la inquietud de la pre-conversión, ensombrecida por las concupiscencias y las dudas del mundo acristiano.

... "en Él fuisteis adoctrinados según es la Verdad que está en Jesús, a despojaros, respecto de vuestra vida anterior, del *hombre viejo* que se corrompe siguiendo las concupiscencias de la seducción, y a renovaros en el espíritu de vuestra mente y revestiros del *hombre nuevo*, creado según el ideal de Dios en la justicia y santidad de la Verdad" (*San Pablo*, Ep. a los Efesios, 4, 21-24).

Todo eso que en su poderosa forma epistolar decía San Pablo, después de haberlo sentido por su carne y por su alma, lo dice Carmen en unas páginas modernas, nerviosas de vitalismo y de sinceridad humana.

"El hecho humano que motivó la temática de esta novela fué mi propia conversión a la fe católica."

Estamos, pues, ante el caso típico de la novela católica.

No hace mucho me ocupaba, desde estas mismas columnas, de otra novela, también de una *mujer joven-vieja*, con la pena de tener que declararla una novela inmoral y de criterio acatólico. Con doble gozo, hoy trataré de una novela moral y católica y que, sin embargo, no deja de ser una buena novela. Y me gusta insistir sobre este punto, porque mientras otras novelas con sus toques de escándalo son largamente ponderadas por la crítica, y las obras anteriores de Laforet — sobre todo "Nada" — merecieron prolijos comentarios — esta acertada obra, de las buenas novelas que se han escrito en España últimamente, parece impone cierta reserva a los críticos de literatura; COMO SI SU JUICIO quisieran confiarlo a los críticos de obras espirituales.

Es cierto que mucho tienen que de-

EL BIELDO Y LA CRIBA

cir los críticos de obras espirituales. Se trata de una obra donde, por fortuna, se vuelve a una interpretación clara y segura de la vida, donde no es sólo la biología lo que dirige a los humanos, sino la teología más emocionante; donde el ideal de Dios sobre los hombres del pecado se realiza con el renacimiento a la vida nueva "en justicia y santidad de la Verdad".

Con el dramático y realísimo tema de la conversión —tal vez el asunto más dramático que puede darse en lo humano— Laforet, que había demostrado ya una pluma muy segura y un maravilloso dominio de la técnica novelística, ha creado una obra poderosa, dura, constructiva.

La conversión de Paulina, como la de los gentiles que comenta San Pablo en su carta a los Romanos, ha de partir de los turbios fondos del hombre viejo, el mundo del egoísmo, la concupiscencia, la injusticia, la falsedad.

Todo ese mundo de pecado se ha presentado también en la novela. Y era preciso que así fuera. Alguien se ha escandalizado; pero injustamente. Por lo menos ha sido imprudente. No hay duda que la novela de Laforet es una obra recia, que supone conocimiento de la vida: es decir, que no es para niños, jovencitas o vírgenes de clausura —y eso que las Carmelitas que aparecen difuminadas en varios puntos de la novela— actúan bellísimamente al servicio de la Gracia regeneradora.

Como exponía en otra ocasión, me parece injusto exigir a un escritor que quiera escribir en católico, la renuncia a ciertos temas y ciertas faltas de los humanos tan reales y tan frecuentes, de esas, como decía Pío XII no hace mucho, que forman la trama misma de la vida, y de las que no es posible prescindir si se quiere dar una visión seria y verdadera de los hombres y de las cosas. Lo que de aquí se sigue es que escritos de tal reciedumbre no son para las manos de los adolescentes y almas blancas que se les parecen.

En tal sentido me parecen injustificadas ciertas críticas que han aparecido señalando algunos puntos duros, "escandalosos", de esta novela. No son puntos escandalosos, sino que unos ojos cándidos fueron escandalizables, y tal vez no debieron haber abordado tan viva luminosidad.

Por lo demás, la gran maestría de la escritora y la finura de su alma "neófito" le hace sortear los escollos del modo más limpio posible: la in-

moral vida de Paulina-sin-Cristo no se expone; sólo se descubre. Antonio Montero, en un ponderado artículo que apareció en "Incunable", sólo insinúa y aún con duda, la poda de treinta o cuarenta líneas entre 338 páginas.

El estilo de Laforet, seguro, rico, ágil desde el principio de su carrera literaria, obtiene en esta obra el culmen de lo natural, completo, perfecto. Cualquier página, abierta al azar, es apta para una antología.

Pero, sobre todo, su éxito mayor está en la riquísima y fina penetración psicológica que permite a la autora la arriesgada tarea de dedicar páginas y páginas a lo puramente anímico, espiritual; y no precisamente esa espiritualidad descentrada, histérica, espeluznante, a la que nos tiene acostumbrados la novelística moderna (y de la que algo había participado Carmen Laforet-sin-Cristo), sino la sencilla y natural espiritualidad del alma en las redes del pecado o ante el reclamo de la gracia.

Las páginas centrales de la obra —las de la irrupción de la gracia en la pobre alma sombría de Paulina—, son algo único en nuestras letras. Una tierna y natural emoción humano-divina, a lo Teresa de Jesús, nos lleva, desde la ventanilla del coche-cama, a los campos castellanos en aquel amanecer, y de los campos al cielo, a la creación, a lo bueno, a Dios.

Hay una verdadera síntesis humanista que hace mucho bien a las almas nerviosas de hoy; porque todo queda claro cuando Dios baja a la tierra; cuando el tren que corre y las casitas fijas, los campos amarillos y el cielo añil, el canto frío y dulce de los pájaros y el fresco de la mañana, los hombres y las mujeres de todo el mundo y el alma de Paulina se ven invadidos por el amor y el gozo de Dios.

Paulina había renacido a la vida del Amor y del gozo. Pero cuando renace un convertido no está ya todo terminado. Al contrario, está todo por hacer. Y en la tarea, el "hombre viejo" no renuncia a su baza. La Gracia da fuerzas, pero no quita todos los malos hábitos, las sugerencias de la pasión y las tentaciones del mundo. La recién convertida en el tren "expreso" de Madrid no se nos da ya como una pía y religiosa mujer. Y su gran pasión por Antonio, y el escaso apego que siente por su marido no se modifican substancialmente.

Y con todo hay un cambio radical. Ahora Paulina sabe que hay algo más

fuerte que la pasión, que el sexo, que el hombre: que está Dios. Y apoyada en Él, con paso vacilante de convaleciente, la mujer nueva va en busca de "la justicia y santidad de la verdad". Esa subida, aun contando con la Gracia, nunca es fácil. Dios no quiere darla como un premio gratis, sino como un galardón al buen combate.

Y Paulina lucha y a días retrocede; unas veces se decide a hacerse religiosa, o a consagrarse a obras heroicas de apostolado..., otros sueña aún en justificar su conciercian casándose con su amante, viudo ya, puestó que su matrimonio con Eulogio, hecho en tiempo rojo, no tiene verdadero valor de vínculo, ni lo han refrendado nunca... Así, para la *mujer nueva* hay su calvario y su purificación. Ella hubiera querido, como Pablo, que Dios le arrancara aquel fondo de peligros y dificultades. Pero como el Apóstol, también a ella es repetido: "te basta la Gracia".

Y la Gracia triunfa plenamente y lleva a la *mujer nueva* a una solución anti-teatral, anti-novelística (en el sentido peyorativo), a una de esas soluciones naturales de las cosas. Porque la Gracia no violenta ni destroza los caminos de la naturaleza, sino los perfecciona y santifica.

Paulina tiene un esposo, un hijo... Su conversión pide de ella mucho más y mucho menos de lo que Paulina sospechaba: rehacer sencillamente su vida sin posturas llamativas, sin gestos espectaculares.

Cuando los hombres declaman y se agitan con estridentes y "heroicas" soluciones, Paulina nueva encuentra la gran solución en volver sencillamente a los modestos deberes de la vida.

"Eulogio la enlazó, pasándole su brazo por la espalda, y su fuerte mano quedó en el hombro de la mujer. Así habían paseado a veces, cuando jóvenes, durante su corto noviazgo en Villa de Robre. Así pasearon ahora, por los senderillos del Retiro, pisando las primeras hojas que el verano había desecado.

"Paulina empezó a notar en ella una gran confianza. Y una gran paz. La paz de haber empezado, al fin, su camino y de andar "en espíritu y en verdad". Esa paz de Cristo "que supera todo sentido", y que la envolvía enteramente, cuando regresaron hacia la casa".

A ver si "esa paz de Cristo que supera todo sentido" se difunde bien por nuestras letras demasiado poco cristianas, poco gozosas en la serenidad de la santa esperanza.

José Luis Micó BUCHÓN S. I.

A LA SANTA MEMORIA DEL RDO. P. MANUEL M. VERGES

CRISTIANDAD está de luto. Ha fallecido el Rdo. P. Vergés.

Muy poco seremos capaces, desde aquí, de añadir a todo cuanto sin duda se publicará, en breve, honrando esta figura de tan santa memoria. De otra parte, la premura que nos impone el carácter quincenal de nuestra revista — la cual, sin embargo, no quiere dejar pasar este número sin insertar ya, en él, su homenaje — nos impedirá publicar aquí mucho de cuanto desearíamos sobre el Padre, siquiera sus datos biográficos más importantes.

Mas no necesita de esta pobre aureola nuestra el padre Vergés. Esperamos que no tarde en aparecer algo mejor que todos los artículos: un libro, una obra completa sobre su vida. Creemos que, con piadosa diligencia, ya hay quien se consagra a tan noble labor. Podemos, por tanto, excusarnos, en este homenaje póstumo que un tanto impreviadamente le tributamos, de recurrir a todo otro aspecto que no sea el que nos corresponde.

Y que no debe ser otro que éste: publicar aquí cuán grande es la deuda filial que CRISTIANDAD tiene contraída con él, sobre todo en tiempos ya alejados, en aquellos que hemos dado, en ocasiones, en llamar tiempos “prehistóricos” de nuestra revista: los mismos que constituyen la “prehistoria” de “Schola Cordis Iesu”.

No está fuera de lugar, por lo mismo, remontarse un poco lejos, tanto más cuanto que, en estos últimos tiempos, el exceso de trabajo y los achaques del Padre de una parte, y el hecho de lo que podríamos llamar la natural división del trabajo en el campo católico, habían, necesariamente, hecho, aunque sólo en lo material, menos intensa la vieja relación de antaño.

Sin embargo, ¡cuánto amor nos tuvo siempre el padre Vergés! Aún nos llegó, en público por última vez, su sonora voz, resonancia de su enorme corazón, en mayo del pasado año de 1955, cuando celebramos los treinta años de “Schola”. ¿Quién no recuerda aquel donoso “duelo” retórico entre aquél y nuestro P. Orlandis? Con aquel fino sentido del humor que le caracterizaba, el P. Vergés, a nosotros, a los de “Schola”, a veces nos enjuiciaba... como... como... ¿cómo iba a enjuiciarnos, si nuestro propio y tan querido Arzobispo-Obispo nos tiene calificados, a nuestra revista y a nosotros, de *sui generis*? Pues pensamos que de un modo parecido, que en esto no se iba tampoco a apartar el buen P. Vergés del sentir de la Jerarquía... Siempre nos había tratado así, con aquel su vozarrón, con aquel abrazo paternal, con aquel su “ola noi!!!”, desde la más remota prehistoria nuestra, desde que, allá en 1923 ó 1924, cuando, con dosis de buena voluntad grande — es verdad — y de madurez y de juicio harto más pequeña, a él nos ofrecíamos, como soldados, hombres de pelo en pecho, dispuestos a armas tomar, capaces, en el servicio de la buena causa, de no dejar títere con cabeza — bien entendido, a condición de que el títere fuese de madera —. Siempre con su habitual sonrisa nos acogía el P. Vergés, y esta misma sonrisa de 1924 la repitió en 1955 (más de seis lustros después) cuando aquel citado “duelo” que sostuvo con nuestro P. Orlandis, en el que éste le recordó cuanto significa que nuestra Madre la Iglesia emplee la palabra “Amén”, que, en realidad, y a veces por desgracia, al suspirar un “Así sea” nos representa cuán alejados estamos aún del ideal que representaría un “¡Así es!”.

Los orígenes de “Schola Cordis Iesu” y de CRISTIANDAD, por tanto, están íntima, amorosamente unidos al recuerdo del P. Vergés.

Relicario de amor, flor de piedad hacia este Padre, en alguna manera osaríamos decir cofundador nuestro, si no

podiera parecer excesiva esta pretensión nuestra. Por cuanto, ciertamente, así como CRISTIANDAD ha sido fruto de “Schola Cordis Iesu”, la vieja “Schola” fué, sin duda, en sus inicios, un brote de la benemérita Congregación.

Nuestros recuerdos comienzan, en cierto modo, con este binomio: P. Vergés, P. Orlandis. El primero nos “cedía” al segundo, para que éste nos “especializase”: perdonémosle la palabra, un poco peregrina, no del todo desacertada. Nuestros recuerdos casi comienzan en una tarde de invierno, reunidos en una finca de Puig Madrona, detrás del monte Tibidabo, bajo la presidencia del P. Guim. ¡Cuán entusiasmados de allí salimos! ¡Cómo nos sentíamos capaces de salvar a Europa!

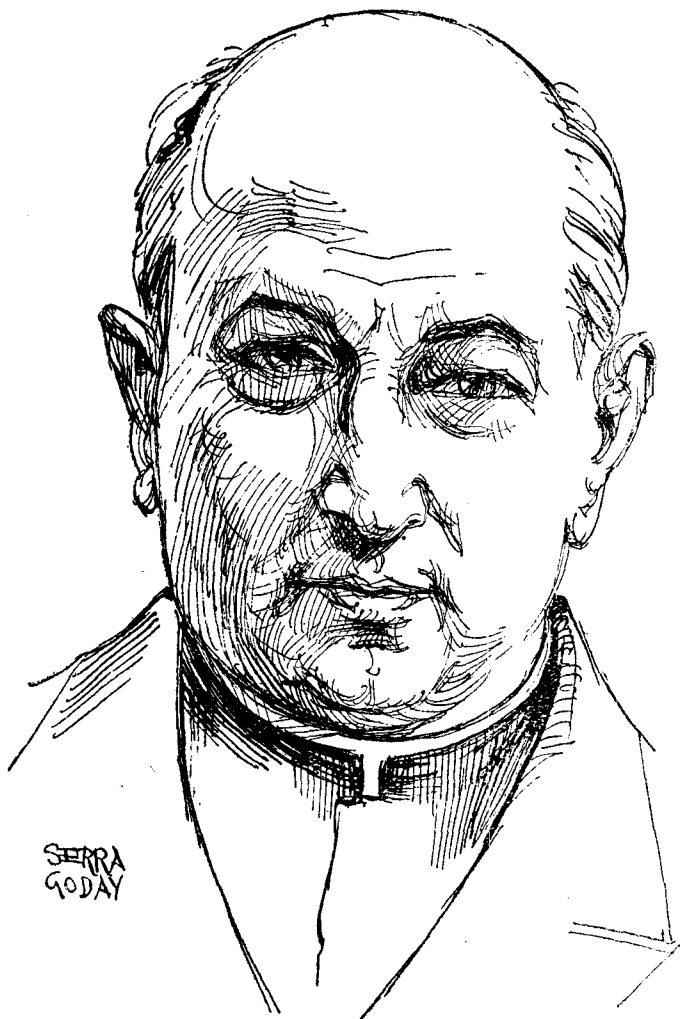
A la Europa no la hemos salvado, pobres de nosotros. Harto hemos hecho, desde entonces, con procurar aprovechar, modestamente — que, en general, no hemos dado para más — unas lecciones tan sabias que hemos recibido, prolongadas durante luengos años. Una actividad exterior nos fué convenciendo de nuestra humana impotencia, y, en proceso absolutamente contrario al que proclaman aquellos que creen en lo que el Papa denomina “la herejía de la acción”, pasamos, de la calle, a practicar los Ejercicios varias veces.

El curso remoto de la prehistoria de “Schola” y de CRISTIANDAD aparece siempre creciendo no lejos de la paternal mirada del P. Vergés, del P. Vergés de aquella gran época en que nuestro grupo se denominaba “Juventus” (coincidiendo con el nombre de la revista congregacional), del P. Vergés plebiscitario de fuerzas y actividades, apóstol andariego, organizador incansable de peregrinaciones jubilares y aloisianas a Roma, de grandes congresos, de *aplecs* gigantes, del Centenario de San Luis...

No hace aún mucho, en esta revista, en ocasión del Congreso Eucarístico celebrado en Barcelona en 1952, ante aquella explosión tan grande como inesperada, en las páginas de esta revista se escribió: “sin duda, en Barcelona, debemos haber tenido muchos santos!”.

Apresurémonos a manifestar que, si aplicamos esta palabra, por lo menos en intención, al P. Vergés, no es para avanzarnos temerariamente en nada a la Iglesia, sino que lo hacemos en la acepción sencilla y popular de la palabra. Si en los primeros tiempos de la Iglesia — en épocas que las circunstancias lo hacían posible — la proclamación de la santidad se hacía por plebiscito: ¿es que no fué plebiscito la ingente manifestación de amor de aquel entierro numéricamente colosal, póstumo homenaje que millares de hijos agradecidos tributaron a su Padre? Usamos, pues, la palabra santo tan sólo en el sentido humilde y popular del mismo, que, sin embargo — y podemos emplear una humilde audacia — no es completamente alejado de aquella denominación general de “santos” que usaba San Pablo al dirigirse a sus fieles en general; esperemos merecer perdón, tanto más que aquí podríamos escudarnos, quizá, en lo profundamente “paulino” que se sentía nuestro P. Vergés, como tantas veces habíamos podido gustar en sus inspiradas pláticas.

Sí. En Barcelona, en España entera, hemos tenido, hemos conocido, hemos tratado almas santas, sacerdotes santos. Hemos tenido la inmensa suerte de que nuestra Patria no ha sido jamás víctima del octavo y más extendido, nueva podredumbre de los huesos, de los pecados capitales, el que más guerras ha ocasionado, más hecatombes ha producido: el “chauvinismo” patrioter, este maldito patriotismo desviado que llena de banderas nacionales los templos del Señor en tantos países de Europa, en los mismos



vecinos. Aquí, a Dios gracias, en el templo nos basta el Sagrario, y en él encontramos al dulce Jesús de Betania. Nosotros, a la Patria, a la dulce y amada Patria, la sabemos enaltecer mejor: no encumbrándola como ídolo, sino poniéndola en el lugar que le corresponde, que, en realidad, es el más alto: a los pies de Jesucristo, nuestro Rey, ante quien no existe diferencia entre griego ni romano.

Por esto el sabor, el jugo, que a veces recuerda el que transpiran las páginas de una *Fabiola*, que hemos gustado en nuestras parroquias, oyendo a nuestros celosos sacerdotes, como hemos gustado, quizás aún más los viejos que los jóvenes, años ha, a los pies de la Inmaculada en el Templo del Sagrado Corazón los días de Comunión General oyendo al P. Vergés, ha sido un regalo que la Providencia nos ha enviado, con más predilección, quizá, que en otras partes. Allí pueden los católicos lucirse más: tienen medios. No se encuentran, como aquí, que a toda acción catequística debe preceder la de la limosna, alimentando los cuerpos antes que a las almas, por cuanto la pobreza de nuestra tierra así lo oxige. Aquí el Abbé Pierre, tan admirado, poco tendría que hacer, por cuanto cualquiera de nuestros vicarios de parroquia de barriada es un Abbé Pierre tan auténtico como perfectamente desconocido e incomprendido. Pero, a cambio de todo esto, repitámoslo, aquí, quizá, se hallarían almas que aman y veneran a Jesús más auténticamente que en otras partes.

Por esto también, signo de contradicción — y dan fe de ello los templos incendiados —, hay quien le odia más que en parte alguna. Mas los templos reconstruídos patentizan la futura y eterna victoria del mayor amor sobre el mayor odio.

Cadenas fidedignas de este amor son estas dinastías

sacerdotales que Dios nos concede: privilegio que no consiguen otros países en otros aspectos más privilegiados que el nuestro y que, incluso a veces, gozan en el mundo católico de mayor prestigio y comprensión de la que a nosotros se nos concede. Estas cadenas de obispos de santa memoria, que engarza aquí, por ejemplo, en broche de oro, un Torras y Bages. Cadenas de apóstoles cuyo olor de santidad nos inunda y que parten de la figura fundadora de un P. Fiter, hasta la de otra que es de la anterior corona, y que es la del padre que nos ocupa, enmarcados con otras figuras de no menor y singular perfume, tales como las de un P. Puig o de un P. Alegre, este último ya reconocido como siervo del Señor. No hace muchos días, en el primer artículo aparecido sobre el P. Vergés, ya decía algo de esto Santiago Udina, al referirse al “espíritu de equipo” que adivinábamos los que entonces éramos jóvenes, en los que habían sido hijos espirituales del P. Fiter, a quien no nos fué dado conocer.

Treinta y tres años — número todo un símbolo — han sido los de la labor del hijo, continuador y corona del fundador, P. Fiter.

“Schola Cordis Iesu” y CRISTIANDAD, amigos de unirlo todo un poco — cada loco con su tema — a su “pasión dominante”: la humilde observación de las cosas a través del tiempo y de la Historia *sub specie aeternitatis*, no pueden menos que fijar su atención en el sincronismo de estos años. Nuestro “pequeño mundo” dentro del mundo grande.

Éste ha evolucionado más, sin duda alguna, desde 1923 hasta ahora, de lo que lo había hecho desde Napoleón, seguramente. Nosotros, los viejos, nada mejores que los de ahora, pertenecíamos, sin embargo, a una generación, creemos, bien poco “ñoña”, pero con suficiente ingenuidad para estar orgullosos de que no necesitase nuestra Congregación local social ni diversiones: protestábamos aún, en Viernes Santo, si alguien utilizaba un tranvía para trasladarse al Vía Crucis de alguna lejana barriada. Con suma prudencia, el P. Vergés ha presidido la natural evolución desde aquel feliz *vieux régime* hasta el estilo “aerodinámico” de la juventud de hoy. Gracias a Dios, no somos lo bastante viejos para escandalizarnos de ello, sino para comprenderlo, sabiendo lo que es esencial y lo que son accidentes. En esto brillaba la prudente adaptación del padre Vergés, que entraba en la Congregación cuando aún la revolución rusa no parecía definitiva y se creía un sueño del que se burlaban los impíos el resurgir de un futuro reino judío en la lejana consumación de los tiempos; y que salía de ella, para subir al Cielo, cuando ya medio mundo era comunista, cuando la noble Hungría consumaba su martirio y cuando se afianzaba, ya veterano en lides de toda clase, el Estado de Israel.

Por esto la Providencia le había dado al Padre aquella su facilidad de improvisación, adaptándose a las circunstancias. En su portentosa facilidad de palabra, el P. Vergés, formidable orador, lo era igual, desde la grávida serenidad de una hora de Ejercicios, hasta la risueña anécdota de unas frases “de circunstancias”.

¡Qué orador de “circunstancias” el reverendo P. Vergés! Cómo sabía, en el acto, aprovechar todo lo incidental, todo lo amable de un momento — desde su cálida y permanente bienvenida, repitámoslo otra vez, aquel sonoro “ola noi!” —, para “sacar el jugo”, llevándolo todo, digámoslo de una vez, aun lo más ocasional e intrascendente, al que es Fin de todo: ¡Dios!

Y esto nos lleva a una consideración piadosa que, desde el primer momento en que supimos del tránsito del Padre, nos movió sobremanera: ¿qué plática de “circunstancias” dirigiría, después de su entrada en el Cielo, el

Padre a los congregantes por él guiados y que allí le antecieron, y que habrían de acudir — permítasenos esta ingenuidad, que quizás no es tan ingenua — a darle la bienvenida?

Permítanos el P. Vergés, desde el Cielo, este piadoso humorismo, si es que así se quiere llamar a esta idea, que no dudamos habrá de complacerle. ¿Qué plática de "circunstancias" improvisaría?

¿Cómo no habría allí de improvisar la mayor plática, esta vez de "circunstancias" ante los suyos, cabe el regazo maternal de María, nuestra Madre, quien, sonriente, no querría sin duda perderse la escena!

¿Qué "Circunstancia" ésta!

Pidamos al P. Vergés — pues que, a fuer de sinceros, y perdónesenos esta salida, nos parece harto más útil y razonable rogar a él que nos auxilie, que bien nos hace falta, que rogar por él, ¡a quien de seguro ninguna falta le hace! — quiera reservarnos también, y desde ahora, incansable como era y debe seguir siéndolo, una plática, para cuando llegue nuestra circunstancia. Y que lo encomiende a la buena Madre desde ahora... "ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén."

A nosotros, a los que con él hicimos los Ejercicios, a los que repetidamente le escuchábamos, nos diría, y, contando con la Misericordia divina, nos dirá algún día: "¿os acordáis de cuando os platicaba, de cuando os anunciaba las verdades eternas que parecían lejanas y estaban en realidad tan próximas? Pues ya lo veis: todo aquello, todo aquel mundo pasó, y ahora ya vivimos todas aquellas otras cosas que estaban anunciadas. Aquél era el mundo de la sombra; éste es el reino de la verdad. Ya estáis en él. Ya no son necesarias muchas cosas, ni la lucha, ni tantos cuidados... ya nada os es necesario, ni siquiera la fe y la esperanza, con ser dos de las tres más eminentes virtudes, por cuanto ellas se han reunido en este mar infinito en que sólo queda una virtud, sólo pervive una sola cosa: la Caridad".

También, por lo mismo, se nos antoja, quizá, que esta plática del P. Vergés debía terminar con una palabra su-

blime, esencialmente distinta, que debe resumir y simbolizar la diferencia existente entre las dos Iglesias, la triunfante y la militante. Ya antes nos hemos referido a ella. Vamos a hacerlo otra vez.

... Pareció un anuncio de parte del P. Orlandis, anuncio del que el P. Vergés goza ya cumplidamente. Sí. En el Cielo, su plática, habrá acabado con aquel suspirado, y aquí litúrgicamente desconocido: "¡Así es!", sustancialmente distinto del "Amén, Así sea", que usamos, simbólicamente, en esta baja tierra. Y es que al fundirse inefablemente la propia Fe y la propia Esperanza en el océano superior de la Caridad, la misma litúrgica palabra del "Amén" no tiene ya sentido.

Nosotros, en esta noche sombría, en que ni una luz de aurora nos es dado adivinar, hemos de seguir usando el Amén — el "¡Así sea!" — al dirigirnos, pidiendo su intercesión, a nuestro P. Vergés.

Somos testigos de las misericordias crecientes de María, a la que vemos, sonriente y maternal, inclinarse hacia nosotros, concretamente hacia nosotros, sus Congregantes de Barcelona, sus miembros de "Schola Cordis Iesu" de Barcelona; a la que vemos inclinarse, con serena majestad de Reina que, en definitiva, preside la Historia y vencerá la Serpiente. Por ello, dentro de la noche percibimos, también serena, aun cuando lejana, faro infalible y seguro, la Estrella de la mañana, *Stella Matutina*, preanuncio de un amanecer que no fallará, aun cuando las tinieblas se nos antojen cada vez más espesas. Nos basta su luz tranquila, que todos los humos, espiras y volutas infernales, que todas las diabólicas nubes y setas atómicas no lograrán empañar, por cuanto aquella luz brilla en esferas más altas, donde la noche se hace luminosa y azul, ya que allí la baja cerrazón no alcanza.

Pidamos a nuestros tres compañeros, Anguera, Planas y Peyra — oyentes, sin duda, de la inefable plática del padre Vergés — alcancen de la que es Estrella de la mañana, *Stella Matutina*, ilumine dulcemente nuestra noche. Que nos anticipen alguna de las dulzuras de su eternamente perpetuo y actual "Así es". ¡Que así sea!

LUIS CREUS VIDAL

Carta Pastoral sobre problemas del Apostolado moderno

CARTA PASTORAL DEL EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO DE CASTRO MAYER, POR LA GRACIA DE DIOS
Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE CAMPOS (BRASIL)

CATECISMO ⁽¹⁾

DE VERDADES OPORTUNAS QUE SE Oponen A LOS ERRORES CONTEMPORANEOS

62

• El admitir la existencia de herejías veladas o el peligro de una herejía declarada en nuestros días es injurioso para la Iglesia. En efecto, en el actual estado de progreso, la Iglesia superó definitivamente estos peligros.

★ Hasta el fin de los tiempos, los hombres estarán sujetos a pecar contra cualquier virtud y, por tanto, contra la Fe. La herejía no constituye deshonor para la Iglesia, sino para los herejes. De modo que, aunque pueda la Sagrada Teología llegar a la perfección en la expresión y claridad de las verdades reveladas y constituir un verdadero progreso para la Iglesia, esto no impide el que haya personas que se rebelen contra el Magisterio Eclesiástico.

(1) Véase CRISTIANDAD núms. 273/74, 275/76, 277, 278, 279, 282, 286 y 301/02.
• — proposición falsa o al menos peligrosa.
★ — proposición cierta.

EXPLANACIÓN

Cfr. págs. 4, 5, y 6 de esta Carta Pastoral.

63

• La Historia no proporciona el conocimiento de los hechos en su realidad objetiva, sino apenas una imagen de ellos modelada subjetivamente por el historiador.

★ La Historia tiene por fin la reconstitución objetiva del pasado, y el método histórico se destina a preservar tal reconstitución de las deformaciones que pueda sufrir de la acción subjetiva del historiador.

EXPLANACIÓN

La sentencia impugnada destruye por la base la Religión Católica, que se funda toda ella en el hecho histórico de la Revelación, conocida y transmitida en su realidad objetiva. Fué ese mismo principio el que sirvió de fundamento a los Modernistas para sus errores,

los cuales, en último término, reducían la Religión a mero subjetivismo.

64

• *La sociedad civil, en los últimos siglos, evolucionó en el sentido de una simplicidad y de una igualdad mayor en las costumbres, en la organización política, social y económica, de acuerdo con los principios evangélicos. Es necesario que la Iglesia, por su parte, acompañe esta evolución, haciéndose igualitaria en su organización, simple y democrática en su disciplina, liturgia, costumbres y en la manera de ser de los miembros de la Jerarquía.*

* *En los últimos siglos, el espíritu revolucionario ha producido constantes transformaciones para derribar los poderes legítimos, acabar con la autoridad, sea política, social o económica, y nivelar todas las desigualdades legítimas. La Iglesia se opuso y continuará oponiéndose a este proceso histórico. En el siglo XIX, y en las primeras décadas del siglo XX, combatió el Liberalismo anarquizante; en esta segunda parte del siglo XX se dispone a combatir "CON LA MAYOR ENERGÍA" al socialismo que pone en grave riesgo "LA DIGNIDAD DEL HOMBRE Y LA SALVACIÓN ETERNA DE LAS ALMAS" (Pío XII, Radiomensaje al Katholikentag de Viena, cfr. "Catolicismo", núm. 24 de diciembre de 1952). Por esto, edifica al mundo con la existencia de su organización jerárquica, que es de institución divina y, por tanto, inmutable; y por el hecho de manifestar un espíritu de jerarquía opuesto al espíritu revolucionario en su liturgia, en su disciplina, etc.*

EXPLANACIÓN

La sentencia impugnada acepta como legítima las sucesivas revoluciones de carácter nivelador — protestantismo, revolución francesa, comunismo — que, bajo la presión del espíritu del orgullo y de la sensualidad, vienen transformando la tierra (León XIII,

Enc. "Parvenu a la 25^e année"). Querer conformar la Iglesia a una sociedad civil modelada según este espíritu, es pedir la capitulación de la Religión Católica. Además es prescindir de que la organización de la Iglesia en sus elementos de institución divina es inmutable.

65

• *El católico debe ser hombre de su tiempo y, como tal, debe aceptar sinceramente sin segunda intención las transformaciones y progresos por los que nuestro siglo se diferencia de los anteriores.*

* *El católico debe ser hombre de su tiempo y, como tal, debe aceptar sinceramente las transformaciones y progresos por los que nuestro siglo se diferencia de los anteriores, siempre que tales transformaciones y progresos sean conformes al espíritu y a la doctrina de la Iglesia y fomenten del mejor modo una civilización verdaderamente cristiana.*

EXPLANACIÓN

La sentencia impugnada es unilateral. En cualquier época de la Historia los católicos tienen un doble deber: de adaptación y de resistencia. La sentencia impugnada sólo trata de adaptación. Este doble deber es a primera vista fácil de comprender. No hubo ninguna época en la cual todas las leyes, instituciones, costumbres, modos de ver y de sentir, merecieran sólo alabanza o sólo censura. Por el contrario, existen siempre en las épocas mejores y en las peores cosas buenas y cosas malas. Ante el bien, se encuentre donde se encuentre, nuestra actitud sólo puede ser la que aconseja el Apóstol: probadas todas las cosas, tomad lo que es bueno. Frente al mal debemos igualmente obedecer el consejo del Apóstol: "no queráis conformaros con este siglo" (Romanos, 12 2).

Sin embargo, conviene aplicar con inteligencia los dos consejos. Es excelente analizar todas las cosas y quedarse con lo bueno. Pero debemos tener presente que lo bueno es lo que está conforme, no sólo con la letra, sino también con el espíritu. Bueno no es aquello que favorece a un tiempo a la virtud y al vicio, sino lo que favorece siempre y únicamente a la virtud. Así, cuando una costumbre no es reprobable en sí misma pero crea una atmósfera favorable al mal, la prudencia manda rechazarla. Cuando una ley favorece a la única Iglesia verdadera pero al mismo tiempo favorece también a la herejía o a la incredulidad, merece ser combatida.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR

No muchos reparan en todo lo que significa para un santo ser fundador. Cuando ha de serlo de una institución de la magnitud que supone la obra de San Ignacio de Loyola, el hecho alcanza dimensiones de verdadera epopeya. Una epopeya que escapará a veces a la consideración del historiador que sólo se ocupe de los hechos externos.

San Ignacio de Loyola sintió sobre sus hombros gravitar la responsabilidad inmensa que Dios le hacía de la fundación de una obra de proporciones gigantes, desde los orígenes de su conversión. En aquel encuentro casual que tiene, viniendo de Montserrat, con aquellas cuatro mujeres que se dirigen, como él, hacia Manresa, se vislumbra el despertar de su vocación a la vida de apostolado. Todas ellas, pero sobre todo la dama barcelonesa Inés Pascual, han de ser en lo sucesivo utilísimos instrumentos de que se valga para echar los cimientos a su gran obra. Hasta en la forma detalladamente descriptiva que del hecho nos han dado Rivadeneira y los Procesos de beatificación, se nota todo un aire de cosa trascendental, de hecho que deriva en consecuencias. Ignacio baja de Montserrat, transformado, radiante de espíritu, con un sello de distinción en toda su persona. Una mañana primaveral. Todo es suavidad de campo florido en el paisaje. Al hijo de Inés Pascual debieron de quedarle muy impresas todas las circunstancias. Ignacio va vestido de peregrino, cojeando de un pie y el otro descalzo. Su modestia y aquel semblante noble atrae la atención de las buenas mujeres. Luego el peregrino entabla diálogo con ellas, para preguntarles si saben de algún sitio donde haya un hospital donde poderse recoger

para unos pocos días. La curiosidad femenina de las cuatro mujeres les hace querer saber de la vida y familia del desconocido; pero él calla a todas las preguntas que cree no debe contestar. Esto y todo lo peculiar que se nota en su persona hace que las mujeres se le aficionen espiritualmente, y él no despreciará la coyuntura que se le ofrece para disponer de unas almas buenas y decididas, que serán sus mejores ayudas para comenzar a desarrollar su obra que lleva meditada. Desde que sintió el toque de la gracia en Loyola, Ignacio no sueña más que en emplear su vida en el apostolado. Bien es verdad que hay momentos de vacilación, y se siente entonces atraído por la vida contemplativa en completo retiro. Llega a tanto este anhelo, que da encargo a uno de los criados de su casa, que ha de ir a Burgos, para que se entere de la vida de los cartujos y qué tal anda la cartuja de Sevilla, cómo está todo aquello. Pero estos momentos de afición por la vida monacal no son sino los necesarios movimientos de resaca en su alma, la contramarea de sus emociones y sentimientos, después de haber estado por largo tiempo deleitándose en pensamientos de formas y maneras de vida apostólica. Es un fenómeno psíquico que se da en todos los caracteres analíticos y reflexivos, y no hay que olvidar que Ignacio lo es muy afortunadamente. Allí mismo, en Loyola, ya formula de una manera concreta sus resoluciones, al tratar de resumir todo aquel vaivén de emociones, sentimientos, deseos, ideas, anhelos: "San Francisco hizo esto, pues yo he de hacer otro tanto; Santo Domingo hizo lo otro, pues yo también he de hacerlo." Es sintomático que no se proponga como

modelos a seguir sino el ejemplo de Santos eminentemente apostólicos. ¡Y qué Santos!... Los dos Santos fundadores más grandes que conoce su época en la forma de vida apostólica. También es digno de notarse que la vida monacal que ve en los monjes benedictinos de Montserrat no le dice nada. En cambio, aquel encuentro con las mujeres que se dirigen a Manresa es una ocasión que aprovecha él al punto para comenzar a realizar sus secretos planes.

En Manresa ya tuvo de parte de Dios claros llamamientos de fundar la Compañía. Hasta qué momento de su vida se sintió indefectiblemente llamado a levantar una obra de aquella magnitud, será siempre para nosotros un misterio, como lo fué, según se echa de ver por las palabras de la "Autobiografía", para los padres que con él colaboraron los primeros en su fundación. Preguntándole en cierta ocasión el P. González de Cámara por ciertas peculiaridades de la Orden, completamente nuevas, jamás vistas en las demás Órdenes existentes, el Santo le respondía que: "A todas estas cosas se dará respuesta con un negocio que pasó por mí en Manresa". Y el mismo P. González nos añade en la "Autobiografía" que: "Este negocio era una gran ilustración del entendimiento, en la cual Nuestro Señor manifestó a nuestro Padre, estando en Manresa, éstas y otras muchas cosas que después ordenó en la Compañía". Otro testimonio hay en confirmación de esto, y es del P. Jerónimo Nadal. "La razón de este principio — dice él refiriéndose al hecho de no haber establecido el Santo Fundador penitencias determinadas obligatorias a los de la Compañía —, así como de todo el Instituto de la Compañía, San Ignacio lo ponía en aquella sublime ilustración de su entendimiento que por singular beneficio de Dios, y extraordinario privilegio de la gracia divina, recibió poco después de su conversión, estando en Manresa". Son dos testimonios de primer orden y bien explícitos que prueban que San Ignacio ya en Manresa tuvo idea de fundar una Orden nueva y de una grandeza y amplitud como una más de las más florecientes en la Iglesia. Y atiéndase que este pensamiento no lo tiene como una veleidad de su carácter ansioso de hacer algo fantástico, no; nada de eso. Los hechos precisamente nos probarán que, dado su carácter tan reflexivo y racional, sólo aceptó aquella divina responsabilidad, porque entendía claramente que le venía ordenado todo de parte de Dios.

Ahora bien, si San Ignacio pensó en fundar la Compañía estando ya en Manresa, ¿por qué se le ve titubear más tarde en poner en ejecución todos aquellos planes grandiosos que llevaba encerrados en su gran alma como tesoro inmenso en un bien cerrado cofre? La "Autobiografía" también es bien explícita en este punto. Ella nos declara bien a las claras las vacilaciones que sentía el alma de Ignacio en ejecutar los planes de Manresa cuanto más se acercaba la buena coyuntura de realizarlos. Tiene ya compañeros que le secundan en lo que él disponga, y de lo mejor que podía encontrar, y ¿qué hace ahora? Vacila. Los ha informado a todos con la unidad de un mismo sentir y querer por medio de las doctrinas del librito de los Santos Ejercicios, y parece como que no se decide a poner por vía de obra lo que ha llenado por tanto tiempo su alma de deseos. Veamos lo que piensan y hacen él y todos sus compañeros, guiados por él. "Habían deliberado todos sobre lo que tenían que hacer, que era ir a Venecia y a Jerusalén, y gastar su vida en utilidad de las almas; y si no les era concedida la licencia de quedarse en Jerusalén, volverse a Roma, presentarse al Vicario de Jesucristo, para que los enviase adonde le pareciese que era más de la gloria de Dios y utilidad de las almas". Que este "gastar su vida en utilidad de las almas" allá en Tierra Santa no tenía nada que ver con el plan grandioso y preconcebido de fundar la Compañía de Jesús tal cual ella salió después, creo que es evidente a todas luces. Del mismo contexto de lo que nos ha dicho la "Autobiografía" se colige.

De otra suerte, ¿a qué viene el poner en forma disyuntiva las dos partes opuestas de su voto condicionado: *ir a Jerusalén o presentarse al Papa*? Evidentemente que Ignacio sabía muy bien que la fundación de la Compañía de Jesús no debía empezar por Jerusalén, idea peregrina y hasta ridícula. Era una verdadera disyuntiva lo que habían pensado. Para mí lo que para Ignacio significaba quedarse en Tierra Santa con sus compañeros, era llevar la vida de unos anacoretas — de nuevo el pensamiento de la vida contemplativa, la cartuja de Sevilla, influyendo en él — y ejercer, eso sí, el apostolado en la medida que las circunstancias se lo hubiesen permitido. La fascinación que en el ánimo de Ignacio ejerció el país donde vivió y murió Nuestro Divino Redentor, fué grande en extremo. El alma del antiguo capitán Iñigo todavía está llena de las ideas caballerescas y gentiles de la época. Aquellos caballeros que acababan en ermitaños. Aquellos nobles que descendían de su soberbia cabalgadura a la vista del Santo Sepulcro y se descalzaban sus orgullosas espuelas, para sentirse no más que humildes peregrinos. Aquellos hombres, como Hugo de Payens, que el contacto con la tierra pisada por las divinas plantas del Salvador les hacía trocar la espada por el servicio de los enfermos. De estos ideales nacieron aquellas peculiarísimas y tan medievales, a la par que florecientes Órdenes Militares, cuya resonancia se prolongaba en el siglo de Ignacio a través de una literatura y una historia toda henchida de ensueños y ejemplos heroicos. ¿Quién sabe lo que pasaba por la mente ambiciosa del noble Iñigo, por aquella fantasía ardiente de nobles posibilidades, por aquel deseo insaciable de la gloria de Dios! Era genial, y de él cabía esperar todo lo que fuese grande y elevada empresa. Si alguna secreta idea tuvo de lo que pensaba desarrollar en Palestina, caso de haber logrado el permiso de permanencia, muy callado se lo mantuvo. Quizá por eso, porque no veía las cosas muy claras en tocante al punto de su nueva fundación, como vamos a ver.

Para aclarar la dificultad arriba apuntada de las vacilaciones de Ignacio antes de tomar la responsabilidad de fundar la Compañía, hay que comenzar por establecer que las cosas de los santos pasan de una suerte muy distinta a como las de los negocios temporales. En las cosas de aquéllos interviene Dios de una manera directa y particular; y Dios, como nos dice San Juan de la Cruz, es tiniebla; razón para que sus cosas aparezcan oscuras a nuestro humano entender. Dios da ilustraciones interiores; pero que de estas ilustraciones que Él otorga se haya de seguir una ilación lógica entre el entender de la criatura y su obrar directo e inmediato, es cosa que no se puede tan fácilmente probar. Quien recibe la interior ilustración de Dios lo primero de que es presa su ánimo, tan pronto como se retira de él aquella gracia actual, toda hecha de luz y resplandor sobrenaturales, es una especie de duda tenebrosa, de miedo de equivocarse, de temor de haber soñado, que constituye un verdadero martirio. Una verdadera ceguera como la de San Pablo al caer del caballo. Y en semejantes casos aquellas espontáneas palabras que se escapan de los labios de Saulo: "Señor, ¿qué queréis que haga?", se convierten en actitud pasiva, en postura que arredra a la voluntad. La duda temerosa de errar en un negocio tan delicado retarda las ganas de poner nada en práctica. Veamos a este respecto lo que dice el mismo San Juan de la Cruz. En el capítulo XIX del libro segundo de la "Subida del Monte Carmelo" habla de las visiones y locuciones de Dios, y dice que aun siendo verdaderas como son, nos podemos engañar en su interpretación, y pone casos de la Sagrada Escritura para probarlo. Dice textualmente: "Por dos cosas dijimos, que aunque las visiones y locuciones de Dios son verdaderas y siempre en sí ciertas, no lo son siempre para con nosotros. La una es por nuestra defectuosa manera de entenderlas. Y la otra es por

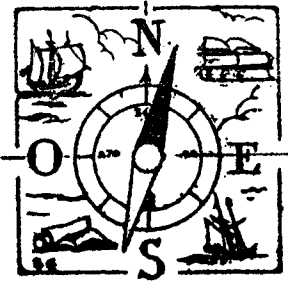
las causas o fundamentos de ellas, que a veces son variables. Cuanto a lo primero está claro que no son siempre ni acaecen como ellas suenan a nuestra manera de entender. La causa de esto es, porque como Dios es inmenso y profundo, suele llevar en sus profecías, locuciones y revelaciones, otros conceptos e inteligencias muy diferentes de aquel propósito y modo en que comunmente se pueden entender de nosotros, siendo ellas en sí tanto más verdaderas y ciertas, cuanto a nosotros nos parece que no". Y sigue diciendo más abajo, en el mismo capítulo: "Acaece engañarse las almas acerca de las locuciones y revelaciones de parte de Dios, por tomar la inteligencia de ellas a la letra y corteza". Y dice que el intento de Dios en tales revelaciones es: "Decir y dar el espíritu que está allí encerrado, el cual es dificultoso de entender". De todo lo cual nos resume este acertado consejo: "De donde se ve que, aunque los dichos y revelaciones sean de Dios, no nos podemos asegurar en ellos, pues nos podemos mucho y muy fácilmente engañar en nuestra manera de entenderlos; porque ellos todos son abismo y profundidad de espíritu, y quererlos limitar a lo que de ellos entendemos y puede aprender el sentido nuestro, no es más que querer palpar el aire, y palpar alguna mota que encuentra la mano en él, y el aire se va, y no queda nada".

Cabe, pues, preguntar: ¿y no tomaría San Ignacio con toda esta clase de precauciones cuantas interiores ilustraciones recibió tanto referentes a la fundación de la Compañía como a todo lo que hacía cuenta con su vida espiritual? La razón humana jamás comprenderá el juicio divino; la ciencia infusa de Dios que vemos por el testimonio de un santo experimentado en recibirla, es más para ponerse a temer que para echarse a obrar de una manera precipitada. No es peculiaridad sólo de San Ignacio la lentitud con que llevó a cabo todo el negocio de la fundación de la gran Orden por él soñada; todos los fundadores de institutos religiosos han procedido con mucha prudencia humana y han observado con gran atención el curso de los acontecimientos externos, los hechos favorables o desfavorables, como el experto piloto observa el estado del tiempo antes de hacerse a la mar, y fía más de lo que le dice la meteorología que los impulsos de su corazón intrépido. Precisamente San Ignacio nos hablará mucho de aquella discreción de espíritus, y el punto de partida que nos dará para discernir los varios que pueden agitar nuestra alma, estará basado en mucha razón natural, experiencia realista y criterio humano. Se dan la mano en esto el Patriarca de Manresa y el estático Doctor del Carmelo. Dice éste: "Tanto nos habemos de aprovechar de la razón y doctrina evangélica, que aunque ahora queriendo nosotros, ahora no queriendo, se nos dijese algunas cosas sobrenaturalmente, sólo habemos de recibir aquello que cae en mucha razón y ley evangélica. Y entonces recibirlo, no porque es revelación, sino porque es razón, dejando aparte todo sentido de revelación". Es exactamente el sentir de San Ignacio. Veamos una anécdota sumamente ilustrativa al caso. Mientras el Santo escribía las Constituciones, nos cuenta el P. Rivadeneira, preguntó algunas veces al P. Laínez — su enciclopedia viviente, en frase graciosa del P. Calveras — que le dijese si él creía que Dios Nuestro Señor a los fundadores de institutos religiosos les había revelado todas y cada una de las cosas pertinentes a su fundación o más bien sólo les había dado a entender de una manera general los principios fundamentales, dejando para la razón y discurso natural, llegar hasta los detalles particulares. El parecer del P. Maestro Laínez fué afirmativo respecto a esto último. Él creía que Dios Nuestro Señor, en cuanto a las cosas que podían variar en tiempo, lugar y demás circunstancias las dejaba a la disposición y prudencia humana de los fundadores. Entonces San Ignacio repuso: "Esto mismo me parecía a mí". Tanta

ilustración sobrenatural como había recibido estando en Manresa y en otros momentos de su vida, y ahora la sujeta toda al criterio de un hombre tan versado en las ciencias eclesiásticas como era el P. Laínez. San Ignacio está diametralmente opuesto a ser lo que se llama un espíritu obstinado y que va no más que a la suya, a pesar de haberlo tildado, los que no lo han llegado a comprender, de absolutismo y despótico. En el capítulo 18 del libro del Éxodo vemos un caso parecido. Moisés, ilustrado directamente por Dios en todo lo referente al gobierno del pueblo israelita — a su fundación podríamos decir casi — escucha el consejo humano de Jetró, su suegro, y a sus sugerencias establece aquella división curiada del pueblo para mejor atender sus negocios judiciales.

El P. Ignacio Casanovas, en su compendiada y jugosa vida de San Ignacio de Loyola, también considera la dificultad que hemos estudiado, y la soluciona diciendo que hay que distinguir lo que se pueden llamar cosas substanciales y cosas accidentales en el Instituto de la Compañía, siguiendo los mismos conceptos que se desprenden del coloquio habido entre el Santo Fundador y el P. Laínez, y que en cuanto a lo substancial San Ignacio jamás varió de parecer. "Lo substancial era aquí — dice el P. Casanovas — una especie de reproducción del colegio apostólico, o sea, una reunión de personas enamoradas de Jesucristo, que por Él trabajasen en salvar las almas y por Él muriesen". Para este autor lo accidental era incluso que la Compañía llegase a ser un instituto canónico en forma de religión perpetua y organizada por reglas y obediencia. También lo son para él cosas accidentales las circunstancias de tiempo y lugar de fundación. Con este concepto de lo substancial de la Compañía, continúa explicando el P. Casanovas, Ignacio va a Jerusalén, hace sus estudios en Barcelona, va a Alcalá, París; con esa idea hacen él y sus compañeros los votos en Montmartre, sin perderla nunca de vista, y con ella comienzan a trabajar apostólicamente, esparcidos por Italia, hasta el año 1540. Todo esto puede ser cierto; pero una cosa era la Compañía, tal como la imaginaba San Ignacio, y otra, tal como la quería Dios Nuestro Señor. Si tomamos como punto de partida la doctrina que nos ha señalado San Juan de la Cruz respecto a favores sobrenaturales de visiones y revelaciones, creo que podemos conjugar muy bien las dos soluciones. San Ignacio se ha formado un concepto ideal de la Compañía, claramente lo deja entender en la primera regla de sus Constituciones; pero las cosas ideales no son las que suelen perpetuarse más en el mundo. Y Dios podía decirle muy bien como a Abraham: mira que quiero hacerte padre de un gran pueblo. Un pueblo que se perpetuase a través de muchas generaciones. A tal objeto era menester una organización, tal como por fortuna, tuvo la Compañía en realidad. Y esa organización es la que no ven de momento los ojos del Santo Fundador. Esa es su gran tragedia íntima, como lo fué para el patriarca Abraham tener que creer contra su razón. Es la tragedia agónica — San José de Calasanz, por ejemplo; San Antonio M.^a Claret — de todos los santos fundadores, al no ver tan claros con los ojos de la razón, los caminos que la Providencia divina les depara para llegar a la meta deseada. Este espíritu de congoja y vacilación observamos en los Profetas del Antiguo Testamento cuando la misión que Dios les señala es ardua, llena de contradicciones, incomprensible para el humano juicio. Y el Señor se comporta con ellos como un padre bondadoso y soporta compasivamente, de una manera que diríamos humanamente comprensiva, ciertas obstinaciones de la ceguera humana, como en Jonás, a quien lleva a cumplir su mandato por los caminos más insospechados. El fracaso de una embarcación también servirá a Ignacio de señal de la Providencia para seguir otros rumbos en el negocio de la fundación de la Compañía.

JUAN BAQUÉ, Pbro.



CRONICA POLITICA MENSUAL

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Triunfos para la URSS y temores en el Próximo Oriente - En Moscú sucede «algo». ¿Y en Washington? - Discurso del ministro de Agricultura - En vísperas de la tercera guerra mundial - Resolución de la ONU sobre el Canal de Suez - Kaganovich en Varsovia - Un reportaje del «Journal de Genève

Del 1 al 10 de octubre

TRIUNFOS PARA LA URSS Y TEMORES EN EL PRÓXIMO ORIENTE

El delegado de la Unión Soviética en las Naciones Unidas, Chepilov, se acaba de lamentar, a la salida de una reunión secreta del Consejo de Seguridad sobre la crisis de Suez, que la Prensa norteamericana, al reproducir su último discurso, hubiera suprimido — “no sé si tendenciosamente”, apuntó — su *alusión a los preparativos francobritánicos en Chipre, Madagascar y Djibuti*.

La información la transmite, desde Nueva York, Francisco Lucientes, quien, por otra parte, subraya la conversación animada que tuvo lugar después de la reunión, entre el ministro inglés Lloyd y el ministro egipcio Fawzi. Eso, y la reciente constitución de la Asociación de Usuarios del Canal, *parecen indicar que estamos en el camino de una solución pacífica del problema de Suez*.

Sin embargo, la moción aprobada con carácter de urgencia el día 1.º por el Congreso del Partido Laborista — que se celebra en Blackpool —, en la que se “condena al Gobierno de sir Anthony Eden por su lamentable actuación en la crisis del Canal de Suez”, seguida del discurso del jefe del Partido, el hebreo Hugh Gaitskell, lamentando que “ni siquiera a estas alturas” el señor Eden haya manifestado claramente que no se recurrirá al empleo de la fuerza en la cuestión de Suez, pone un contrapunto de inseguridad en la difícil situación en que se han colocado Gran Bretaña y Francia en sus relaciones con Egipto.

Pero ahí está Norteamérica que, por boca de su secretario de Estado, Foster Dulles, anuncia que no se embarcará en una “guerra económica” contra Egipto, mientras destaca que *existen algunas diferencias entre su país y los francobritánicos* “en sus modos de considerar el problema de Suez”.

¿Se embarcarían Londres y París en una aventura bélica, contra los designios de Washington?

Según Gaitskell, en su citado discurso, el Gobierno Eden “*pensó realmente en utilizar la fuerza y no puede negarlo, diga lo que diga*”. ¿Por qué no lo hizo, entonces, es decir, al estallar la crisis? ¿Quién lo impidió?

Al decir de Franz von Papen — “Europa y la crisis de Suez” — fué “la mediación de los Estados Unidos” y la táctica de Foster Dulles, en la segunda Conferencia de Londres — donde se fundó la Asociación de Usuarios — la que alejó “el pensamiento del empleo de las armas”.

Como puede apreciarse fácilmente, la cuestión de Suez continúa en el primer plano de la actualidad, lo que a su vez acentúa en la Alemania occidental el deseo de una mayor premura en la estructuración de la ansiada “unidad europea”. No obstante, la gravedad de la situación no ha impedido el retraso en la apertura de la sesión secreta del Consejo de Seguridad, para esperar la llegada de Foster Dulles, pendiente del aparato de televisión, en el que contemplaba una fase del partido de baseball entre los equi-

pos campeones de Norteamérica. (*Arriba, del día 10.*)

¿Optimismo? ¿Indiferencia?

Mientras tanto, *algo ocurre en Israel*, donde acaban de llegar 24 aviones “Sabre” vendidos por Canadá, y en cuyas fronteras se producen continuas agresiones e incluso un ataque en regla en tierras de Jordania. *El secretario general de la Liga Árabe relaciona este hecho con la discusión del problema de Suez en la ONU*. ¿Se trataría de minar el prestigio de los pueblos árabes?

Ya es curioso que el laborista Patrick Gordon Walker haya abogado “por el reconocimiento del *derecho de los Estados árabes a nacionalizar los yacimientos e instalaciones petrolíferas*”, al tiempo que se muestra partidario de una “adecuada” venta de armas a Israel, “con el fin de estabilizar el Oriente Medio”.

Tal vez von Papen tenga razón cuando alude a una política — específicamente británica o no — que tendría como finalidad el *empeoramiento de las relaciones entre Occidente y los pueblos árabes y asiáticos, y la entrega de nuevos triunfos en manos soviéticas*.

EN MOSCÚ SUCEDE “ALGO”. ¿Y EN WASHINGTON?

“El señor Foster Dulles — escribe el corresponsal de *La Vanguardia Española* en Nueva York — ha manifestado su creencia de que *en Rusia sucede algo*, y que cuando el Volga suena es que algo lleva. Aunque esto no lo haya dicho así, naturalmente, el señor Foster Dulles ha indicado que la relación entre Rusia y los países dominados por el comunismo no es tan roja como antes, ni siquiera rosa como para justificar el género. La situación en Polonia parece confusa. El juicio por los sucesos de Poznan sólo ha conseguido remover el odio contra el dominador. Hay indicios de nuevos disturbios, que indicarían que, pese a la violenta represión, y Polonia está acostumbrada históricamente a ellas, el país mártir no se resigna a vivir de rodillas...”

Algo ocurre posiblemente en la URSS que ha “obligado” a Tito a desplazarse a Yalta para celebrar largas entrevistas con Kruschev y Bulganin. Una Agencia de prensa afirma desde Trieste que “las entrevistas pueden ser el signo de un nuevo cambio de línea del comunismo internacional o un giro de la actitud de Tito en su política de equilibrio entre el Este y el Oeste. Los observadores políticos también opinan que los tratos entre los dos dirigentes rojos pueden estar centrados en la campaña de desestalinización iniciada por Kruschev en el pasado mes de febrero y sus progresos o falta de progresos, en alguno de los países satélites de la Europa oriental”.

En ese último aspecto no dejaría de tener significación la presencia, en algunas de las reuniones de Yalta, del jefe del Gobierno húngaro, Geroe con el cual — según se ha dicho — no mantenía Tito muy buenas relaciones.

Pero si es posible que en la URSS “sucede algo”, la verdad es que *algo* parece

ocurrir también en las relaciones de Washington con Moscú. ¿A qué viene, si no, la *invitación del Gobierno norteamericano* — aceptada inmediatamente por la Unión Soviética — *de enviar observadores para presenciar la campaña electoral estadounidense*, según anuncia un portavoz del Departamento de Estado?

DISCURSO DEL MINISTRO DE AGRICULTURA

De un discurso pronunciado por el ministro de Agricultura, señor Cavestany:

“Nosotros, los hombres que en torno a Franco nos hemos comprometido con alegría y humildad a realizar una obra útil para quienes nos sucedan, no hemos sentido jamás el vértigo de las alturas. Miremos hacia adelante porque es nuestro deber. Pero miremos en torno nuestro también, no con recelo, sino con esperanza, acechando no al enemigo que nos haya de quitar el puesto, sino al camarada de camino que nos haya de sustituir cuando flaqueen nuestras fuerzas. *Nosotros no nos creemos estanqueiros de la revolución ni exclusivistas, ni contratistas, ni apoderados; queremos ser soldados obedientes y duros, y sabemos que un día, por el devenir normal de los acontecimientos, hemos de ser retirados a un lado, para contemplar desde la orilla senatorial, acaso sin más misión que la de avisar de la presencia de algún peligro, el paso arrogante de los que vienen detrás de nosotros y que asumen nuestra tarea con más vigor y con más entusiasmo y con ese ingrediente necesario de esperanza que sólo la juventud pone en las obras de los hombres*”.

Del 11 al 20 de octubre

EN VÍSPERAS DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

“Un periódico de Londres — dice el corresponsal de *ABC* en dicha capital — publica esta tarde (día 17) el mapa del rincón del planeta que todos habitamos, en obligada promiscuidad con los históricos, “en el que *pudo estallar anoche la tercera guerra mundial*”.

Al parecer, la causa inmediata hubiera sido la entrada de las tropas del Irak en Jordania, que a última hora, se anuncia, se han “detenido” antes de cruzar la frontera.

Pero la cuestión del Oriente Próximo no es tan sencilla como pudiera parecer. “Una información de *origen hebreo, o de tendencia hebrea* — afirman en Londres — insiste en afirmar que se trata de maniobras inglesas proyectadas en apoyo del sector pro británico de Jordania ante las elecciones parlamentarias que se disputarán aquí el domingo próximo contra los pro-egipcios. *Es la versión egipcia también*”.

Algo parecido escribe asimismo desde Londres Guy Bueno, al comentar la esperada entrada en Jordania de los soldados del rey Feisal:

ACTUALIDAD

"En esta medida (pero tan sólo en esta medida), el Gobierno de Su Majestad tiene probablemente razón cuando aventura que *Israel no debería abrigar temor alguno respecto de la presencia de fuerzas del Irak en territorio jordánés*. Efectivamente, el objeto inmediato de esas fuerzas no es anti-israelita, sino anti-egipcio. Mas Israel, por su parte, recordaba que la Gran Bretaña parecía estar dispuesta a repartir el Neguev entre Amman y El Cairo, poco antes de que la expulsión de Glub Baja, de Jordania, por un lado, y la crisis surgida en las relaciones anglo-egipcias con motivo de la nacionalización de la Compañía de Suez por el otro, transformara a ambas naciones árabes de amigas en enemigas".

Para el referido corresponsal, "*Londres parece estar actuando un juego sumamente delicado, por no decir peligroso en el Medio Oriente*, avanzando el peón iraquí sobre el tablero de ajedrez de su política árabe para tratar de dar jaque al Coronel Nasser. El resultado práctico inmediato de la jugada parece ser: mantener al Rey Hussein sobre el Trono de su país a la fuerza... y repartir el país entre iraquíes y británicos...".

Sin embargo, Ben Gurion anuncia que la tirantez en el Próximo Oriente ha aumentado con las nuevas medidas adoptadas por el Irak y por las actividades de los guerrilleros de Egipto. Pese a ello, Ben Gurion ha criticado a los jefes de la oposición que "creen que no hay otra alternativa que declarar la guerra al dictador de El Cairo, antes de que el Ejército egipcio consiga aprender el manejo de las armas recibidas del bloque soviético. *No creemos—ha dicho—que las guerra sean buenas soluciones*", para finalizar con un ataque a Inglaterra y unos encendidos elogios a Estados Unidos y a Francia.

Sea lo que fuere, lo cierto es que el partido de la guerra en Israel aumenta sin cesar. Se comprende, por ello, que *L'Observatore Romano* acabe de lanzar un nuevo llamamiento en favor de la *internacionalización de Jerusalén*, recordando la petición que en tal sentido hizo S. S. el Papa en 1948.

RESOLUCIÓN DE LA ONU SOBRE EL CANAL DE SUEZ

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha aprobado los seis puntos de una Declaración, *sobre los que, previamente, se habían puesto de acuerdo los delegados de Egipto, Gran Bretaña y Francia*, en los que se reconoce la soberanía egipcia sobre el Canal, el libre tránsito a través del mismo y el establecimiento de un sistema de arbitraje en caso de posibles desacuerdos. La petición anglofrancesa de que se reconociera por la ONU la llamada Asociación de Usuarios, ha sido vetada por el delegado de la URSS.

Se espera que próximamente se inicien negociaciones directas entre El Cairo y Gran Bretaña y Francia sobre el futuro del Canal, partiendo de la resolución del Consejo de Seguridad.

Pero, Guy Bueno, desde Londres, asegura que "el Gobierno británico, contrariamente al optimismo manifestado por el general Eisenhower, no opina que el acuerdo de prin-

cipio logrado anoche en la ONU, le dé la satisfacción que exige; sobre todo no estima que garantice el "control internacional" del Canal, premisa ésta que sigue considerando como la condición "sine qua non" de todo arreglo. *La presencia y permanencia en el Mediterráneo oriental de las tropas movilizadas por Sir Anthony Eden durante la crisis, indica que el Gobierno de S. M. no excluye todavía el empleo de la fuerza si la ONU no logra resolver el problema de Suez de acuerdo con la resolución que la Gran Bretaña preconiza*".

KAGANOVICH EN VARSOVIA

La llegada a Varsovia de los dirigentes del Kremlin, Kruschev, Molotov, Kaganovich, Koniev y Zukov, después de haber sido rehabilitado el dirigente Gomulka, condenado por desviación "titoista" en 1954 y encerrado hasta hace pocas semanas en las cárceles polacas, plantea un interrogante de gran interés sobre el desarrollo futuro de la situación en Polonia.

La condición impuesta por Gomulka, para aceptar su designación como secretario del Partido Comunista polaco, de que sea expulsado de la dirección del Partido el general ruso Rokosowky, parece que ha planteado un grave problema a Moscú, ya que está relacionado con la presencia de tropas soviéticas en el país polaco, único medio de presión por otra parte con que cuenta actualmente el Kremlin para evitar una escisión parecida a la de Yugoslavia.

Del 21 al 31 de octubre

UN REPORTAJE DEL "JOURNAL DE GENÈVE"

Con las debidas cautelas que fácilmente comprenderán nuestros lectores, y a título tan sólo de simple información, reproducimos del diario *Journal de Genève*, los siguientes fragmentos de una crónica firmada por M. I. Cory:

"La Santa Sede no mantiene hoy ninguna relación oficial con los regímenes marxistas. La única excepción de esta regla general es la diminuta República comunista de San Marino... Sin embargo, la diplomacia vaticana está atenta a todo lo que pasa fuera de su campo de acción ordinario, sirviéndose a veces—para conseguir informaciones de interés—de contactos ocasionales u oficiosos. Las recientes conversaciones celebradas en Berna entre el Nuncio Apostólico en Suiza, Mons. Testa, y el Embajador yugoeslavo, Vlahov, pertenecen a esta categoría. A tenor de las mismas, parece que Belgrado quería normalizar su posición con respecto a la Santa Sede con la promesa de dejar en libertad al Cardenal Stepinac, a condición de que éste abandonase el país. El objetivo de ese gesto es claro, ya que el cautiverio del Arzobispo de Zagreb le hace mártir de la fe y le convierte en héroe nacional. Aunque continúe detenido, en residencia forzosa, en su pueblo natal, su popularidad no cesa de ir en aumento, por eso, desde el punto de vista de Belgrado, la presencia del Cardenal Stepinac en el territorio yugoeslavo re-

presenta un obstáculo a la coexistencia internacional. Pero, Mons. Samoré, secretario de la Congregación de Asuntos Extraordinarios de la Iglesia, que también tomó parte en las entrevistas de Berna, rechazó el ofrecimiento hecho por el Embajador Vlahov. Por consiguiente, *nada ha cambiado entre el Vaticano y Belgrado*.

Igualmente, por lo que concierne a los países satélites, la actitud del Vaticano continúa siendo la misma. El ateísmo declarado de sus regímenes, la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas, la detención de varios miembros de la Jerarquía y del Clero católicos, son otros tantos obstáculos para una futura aproximación. A pesar de ello, la Secretaría de Estado del Vaticano está siempre al corriente de la situación de más allá del telón de acero. No ignora, por lo tanto, que dos Obispos polacos, Mons. Adamsky y Mons. Bieniek, así como sus dos colegas checoslovacos, Mons. Voipassak y Mons. Boukalka, "perdonados" recientemente por las autoridades comunistas, acaban de abandonar la prisión, aunque no se les permita el ejercicio de sus funciones eclesiásticas. En cuanto al Cardenal Mindszenty y a Mons. Beran—Primados, respectivamente, de Hungría y de Bohemia—continúan todavía en el cautiverio. Su futura suerte interesa vivamente a los pueblos...

"En su mensaje a la 77 reunión de la "Katholikentag", celebrado en Colonia el día 2 del pasado mes de septiembre, S. S. Pío XII puso en guardia a los fieles contra el "espejismo de una falsa coexistencia", recordando que entre la fe católica y el sistema comunista no hay posibilidad de ningún compromiso.

"Bien que esa toma de posición tan absoluta no pueda facilitar sus maniobras diplomáticas, Moscú intentó, en diversas ocasiones, tantear el terreno para un eventual acercamiento a la Santa Sede. De hecho, el Kremlin preferiría ahora tratar a la Santa Sede como "neutral" y no como adversaria ideológica. Tal vez hoy lamente haber estigmatizado al Vaticano como "instigador de la guerra" y "pedestal del capitalismo y de la reacción".

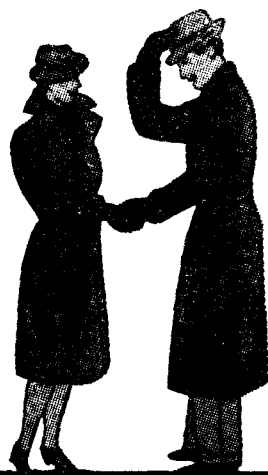
"Por otra parte, el fracaso de la propaganda antirreligiosa, no solamente en los países satélites, sino también en la misma Unión Soviética, parece ser complejo y definitivo. De esta falta de éxito se dan cuenta hoy día los amos del Kremlin; por ello, tratan de tomar contacto con la diplomacia vaticana. El episodio más conocido de estas infructuosas tentativas se desarrolló en Roma, entre el 21 y el 25 del pasado mes de agosto. La visita que el Encargado de Negocios de la URSS hizo al Nuncio de S. S. en Italia representó el momento culminante. Pretendiendo la existencia de puntos "convergentes" entre las enseñanzas del Papa en materia de paz y de desarme, de un lado, y la política de Moscú, del otro, el diplomático soviético trató de proponer al Vaticano una "acción paralela". Inmediatamente se le respondió que sin la restauración de la libertad religiosa en los países del bloque oriental, no puede concebirse ninguna aproximación. La maniobra rusa quiso, espectacularmente, pasarse de lista. No obstante, la diplomacia vaticana espera otras tentativas del mismo género."

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

Shehar Yashub

CON CENSURA ECLESIASTICA

TOBIAS FABREGAT



BALMES

50

CHAFLAN C^o DE CIENTO
T. 21.29.83
BARCELONA

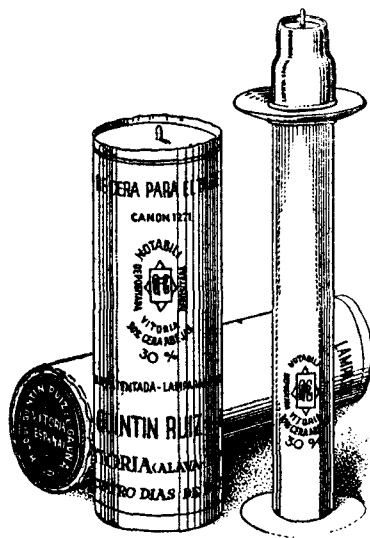
FABRICA DE IMPERMEABLES
PRIMERA EN ESPAÑA
GABARDINAS REVERSIBLES
CONFECCIÓN A LA MEDIDA

Faros Forés

Los Faros Forés iluminan las
carreteras de España



Despacho: Almogávares, 145
Teléf. 25 31 00 (3 líneas)
Fábrica: Pedro IV, 162



Asegúrese del
porcentaje de cera
en las velas para el
culto, adquiriendo
solamente

Velas Litúrgicas Gauna

garantizadas mediante análisis
practicados por el Instituto
Químico de Sarriá

Venta en Barcelona: C. Pascual Sanmartí

Diputación, 321
Teléf. 21 05 72



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Fundiciones ESCORSA

HOSPITALET DE LLOBREGAT

Santa Eulalia, 2

Teléf. 23 25 16

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E

Licores, vinos generosos y de mesa

GALLELM

sinónimo de calidad

Menéndez Pelayo, 108 - Teléfono P. 27 99 86

BARCELONA

SERVICIO A DOMICILIO

¿POR QUÉ

"EL JABON LA TOJA"

ES «UNICO EN EL MUNDO»?

...PORQUE

CONTIENE LAS SALES

de sus mundialmente famosos manantiales de gran poder radiactivo que purifican, rejuvenecen y suavizan la piel, proporcionándole lozanía, tersura y eterna juventud. Confíe su piel a la maravillosa espuma del jabón «LA TOJA»

S. A. «LA TOJA»

LA TOJA
PONTEVEDRA

JAVIER COLL E HIJO

Importadores de los productos de SOCIÉTÉ DES USINES CHIMIQUES Rhône-Poulenc, Productos Químicos, Farmacéuticos e Industriales. - Distribuidores de los Productos del Laboratorio de Industrias Farmacéuticas, S. C., "INFARMA". - Concesionarios exclusivos de la SOCIÉTÉ PARISIENNE D'EXPANSION CHIMIQUE "SPECIA"-París

Córcega, 269 Teléfono 27 90 89
BARCELONA

Industrias Gráficas

EL SIGLO XX

FRANCISCO CUSÓ

Roger, 69 y 71 - Teléfono 23 38 45 - Barcelona



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

Productos Codorniu y Garriga, S. A.

Especialidades Farmacéuticas

Badajoz, 112

BARCELONA